fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

AÑO IV NÚM. 183

MADRID

31 DE AGOSTO DE 1940

EN ESTE NUMERO

Vista a Oriente. El enigma de las Pirámides
Por J. Díaz de Villegas

•

La guerra vista desde Inglaterra: «En una playa cualquiera...»
Por Julio Martorell

•

El final de la gran victoria italiana en la Somalia Británica
Gran reportaje gráfico, exclusivo para FOTOS

•

Secretos de la guerra. Cómo fué posible el rápido derrumbamiento de la línea Maginot
Un reportaje especial para FOTOS

•

Tarde de toros en el pueblo
Por M. T.

•

Después de la guerra. Cómo viven los refugiados holandeses, belgas y franceses, en los campos alemanes
Por Abel Capuz

•

Toledo entierra a su Cardenal
Una interesante información

•

Juan «el Amante»
Cuento por Josefina de la Maza. Ilustraciones de Mayo

50 cts

LA MUJER, AL SERVICIO DE INGLATERRA

Mientras los hombres —«en cada hijo de las Islas, un soldado»— preparan la defensa de la Gran Bretaña, amenazada hoy por la invasión alemana, las mujeres inglesas sustituyen a aquéllos en los servicios de la retaguardia, como vemos en esta bella «girl», que desempeña el cometido de cobradora en los autobuses urbanos de Londres (Fot. Diego

La abuelita

reconoce que estos tiempos modernos que no siempre aprueba, tienen también sus ventajas. Por ejemplo la facilidad con que se vencen hoy día toda clase de dolores e indisposiciones sin perjuicio para el organismo con DOLORETAS. Este moderno calmante prueba admirablemente a todas las edades y todos los organismos debido a su suave acción y absoluta inocuidad. En efecto, como remedio familiar es

Doloretas

el antidoloroso ideal

AÑO IV NUM. 183
MADRID, 31 DE AGOSTO DE 1940

fotos

DIRECTOR:
MANUEL FERNANDEZ-CUESTA

VISTA AL ORIENTE

EL ENIGMA DE LAS PIRAMIDES

Por los arenales de las regiones egipcias, los tanques ingleses van formando el paisaje bélico del que será, al parecer, escenario de nuevas contiendas

En la noche del 2 al 3 de agosto último las tropas italianas del general Nasi irrumpían en la Somalia inglesa. El alud no pudo ser detenido y arrollando todos los obstáculos, singularmente la línea Adadleh-Argan, el 19 del mismo mes entraban en Berbera, la capital somalí, los soldados fascistas. En dieciséis días, una enorme extensión de 176.000 kilómetros cuadrados — dos veces la superficie de toda Andalucía — quedaba ocupada. Los ingleses no acertaron a hacer otra cosa que embarcar en el puerto citado. La proeza de las tropas italianas se brinda, sin duda, al comentario; la campaña al estudio y a la alabanza. Pero no es ello cuestión de este momento. Para la Prensa la actualidad diaria manda y no hay examen más lícito que el de los acontecimientos presentes. Lo demás queda para la Historia. Y nosotros exactamente pretendemos hacer aquí todo lo contrario de historia. Pretendemos, más que un análisis del pasado, una predicción del futuro. Pero la verdad es también que la Historia, como dijera Cervantes, no sólo es testigo del pasado sino también advertencia del porvenir...

Es en tal sentido por lo que recordamos aquí la lección, fresca y magnífica, de la campaña de Somalia. La lección, a la verdad, ratifica y confirma a la postre otras anteriores que el propio Ejército italiano nos deparara. La guerra en el desierto puede ser factible y puede ser más aun rápida.

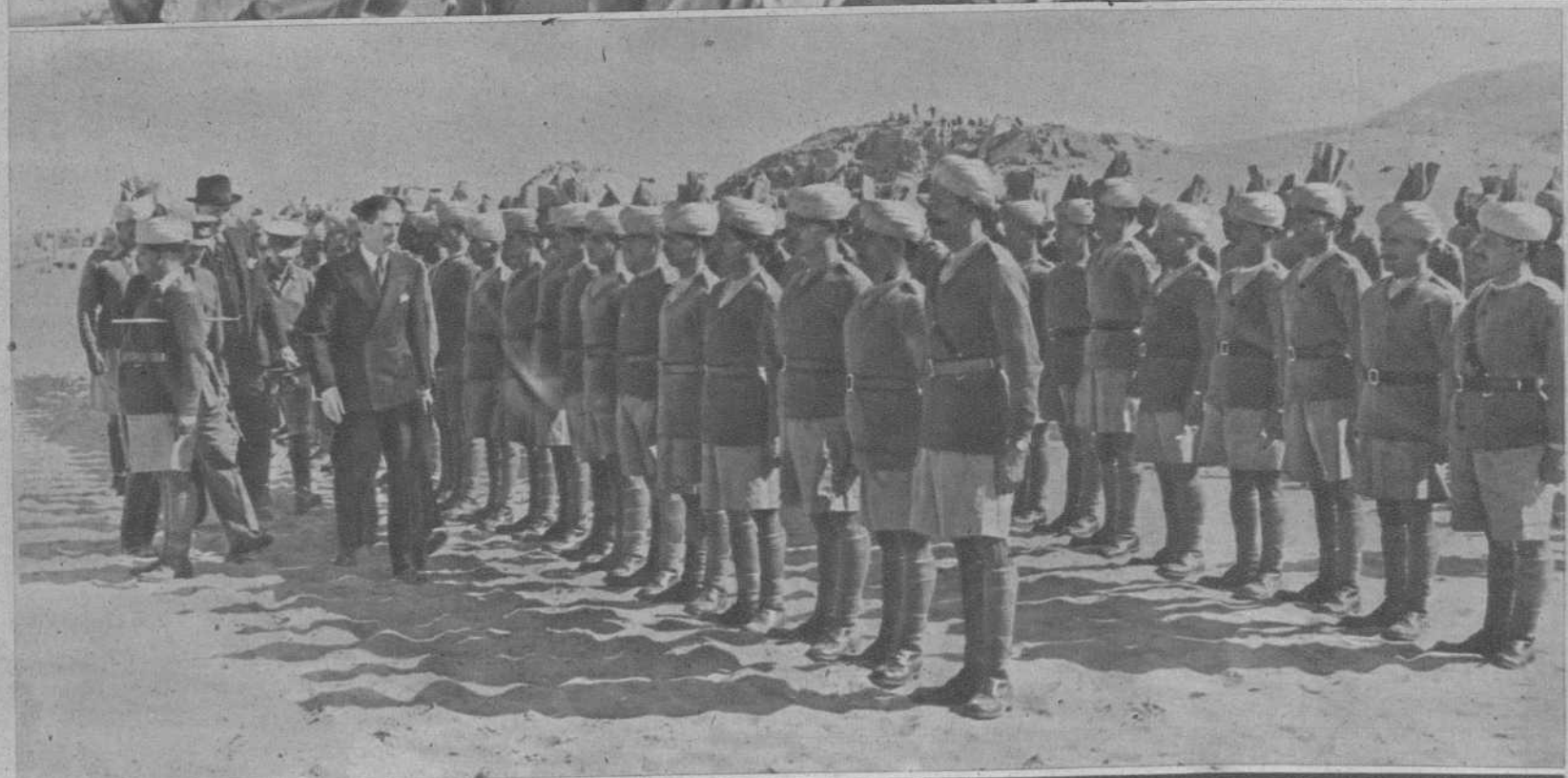
Evidentemente se nos había hecho una pintura del desierto que recordaba mucho la que durante siglos y siglos la Humanidad se hacía del Océano. Era éste el Mar Tenebroso. El reinado de lo desconocido. El caos. Un día, Colón probaba lo estúpido e infundado de toda aquella leyenda tan vieja como la Humanidad misma, y descubría la existencia de hombres, como nosotros, en aquella otra orilla de lo que luego había de quedar convertido en casi un río entre las tierras civilizadas de ambos mundos. ¡Y sin embargo...! El hombre aceptó el tráfico trasatlántico — ¡y cómo no!—; pero la leyenda terrorífica del Océano perduraba siempre. Cuando el «Great Western», uno de los primeros buques de vapor que atravesara el Atlántico, se dispusiese a emprender su primer viaje, un físico inglés, Lardner, se empeñaba en demostrar a sus oyentes que era imposible la travesía del Océano con la sola ayuda del vapor...

Mas volvamos a la Somalia. La lección de la campaña allí nos ha probado, como la anterior del Ogaden durante la guerra etíope, o las operaciones de la Dankalia, en la misma guerra de Abisinia, o como la primera experiencia de Libia, que la guerra en el desierto es factible y puede ser súbita, rápida, violenta. Debemos, en efecto, a los italianos, la fórmula de la «blietzkrieg» en los países desérticos. Antaño, a la verdad, en la antigüedad, los desiertos también se salvaban. Los elefantes que servían en los Ejércitos púnicos como de carros de combate venían del Sudán. Algún sultán de Marruecos lanzó una expedición a Tomboctú. El Sahara, en fin, había sido atravesado por los éxodos bereberes y árabes. En nuestros días, los ingenieros franceses, muy afanados en soldar el bloque norteafricano con el África Occidental, habían proyectado, después de la guerra de 1914-18, la construcción de un «ferrocarril transahariano» que debía de formar parte del sistema defensivo francés, según anunciara el propio Painlevé. El ferrocarril no pudo ser construído antes de la guerra actual. Pero el Gran Desierto, que había sido atravesado hace algunos años por una caravana de vehículos automóviles, ha terminado por estar cruzado, ya en la actualidad, por pistas permanentes y entretenidas que llevan de Argelia al Sudán. La gran lección de la guerra italiana consiste, confirmando estos hechos, en probar la posibilidad de operar sobre estos suelos ardientes del «erg» o de la «hammada», con elementos motorizados «ad hoc», con aviones, ayudándose de la Radio, empleando carros y camiones blindados adecuados, y, en fin, sin olvido tampoco del «mehara», del dromedario, «la nave del desierto», la caballería de los arenales inmensos de Africa.

El artífice de esta clase de guerra, el descubridor de los nuevos métodos que adoptare la técnica de hoy a estos teatros inhóspitos, ha sido Graziani; el vencedor de Libia, el triunfador del Ogaden. El actual mariscal de Italia, que manda los Ejércitos destacados en la Tripolitania y en la Cirenaica. El ex jefe del Estado Mayor del Ejército, en efecto, está en Africa. Espera sin duda el momento. Egipto está enfrente. Y Egipto es el Canal de Suez y la base de Alejandría. La Escuadra inglesa ha prescindido desde el principio de

Entre las rocas, los soldados escoceses de Infantería van a ocupar las posiciones para la defensa

← Junto a las costas han colocado las baterías antiaéreas británicas, que son servidas por voluntarios malteses



El ministro inglés de los Dominios, Antony Eden, pasa revista a las tropas indias, en un campamento cercano a las Pirámides

Después de la pérdida de Somalia, los ingleses llevan sus carros de asalto a Egipto y realizan con ellos maniobras preparatorias de las futuras campañas

la contienda del principio clásico que manda concentrarse para combatir. Y se ha diseminado. Salvo la reservada para ser testigo de las horas trágicas de la metrópoli, el resto, en cantidad muy importante, pulula por los extremos del Mediterráneo. Parte de ella está en el Oriente próximo. Ha sido fórmula antigua en la historia militar de este mar — como en el de tanto otro mar continental — el buscar su dominación dominando las orillas. La fórmula, imposible de realizar en los Océanos, es, por razón de su pequeñez relativa, factible de ensayarse en los mares. Tal es la significación de la consigna de la vieja Roma, del «Mare Nostrum», al dominar todas las orillas de la cuenca; tal es la significación de las luchas entre el poder cristiano y el musulmán más tarde; tal el anhelo de aquellos españoles que querían, con Roger de Lauria, que ni los peces pudieran cruzar las aguas del Mediterráneo sin llevar en su lomo el escudo aragonés... Tal como el mapa del Mediterráneo se brinda, vencida ya Francia y neutralizada esta gran potencia en el Occidente y todo el Norte de Africa, a la verdad, la empresa, si es como suponemos, podrá ser magna, pero no imposible. Un nuevo orden de cosas está en vías de imperar en los Balkanes. La flota inglesa queda reducida a utilizar las bases — ni muchas, ni excelentes — de Palestina y Egipto. La situación interna en este último país es dato a tomar en cuenta. Pero en todo caso una acción italiana terrestre, fuertemente secundada por la Aviación, puede dejar a la flota británica sin bases. Ello sería terrible para Inglaterra. Una flota no es dueña de su destino. Sufre servidumbres terrestres. En las bases están los astilleros, los diques, los elementos materiales necesarios para subsistir y combatir. Sin reparar las averías, sin limpiar fondos, sin proveerse de material, no hay posibilidad de lucha. Podría, hasta cierto límite, subsistir un corsario; pero nunca una flota de combate. He aquí por lo que Lloyd George anuncia el peligro en que se encuentre la flota inglesa en el Mediterráneo.

Hete aquí, en efecto, que la conquista de Somalia termina por cerrar, con la Eritrea, la salida hacia Oriente, pasando por Suez, de la flota inglesa que actúa en el Mediterráneo oriental. Hete aquí también que el paso hacia Occidente, por el Estrecho de Mesina o el Canal de Sicilia, podría ser muy peligroso. Acechan allí más de un centenar de submarinos italianos y seguramente aviones por el orden de millares. ¡Toda la fuerza naval y aérea de la joven Italia! La situación ya precaria de esa flota del Mediterráneo oriental pasaría así a ser trágica si un día Graziani diera la orden de marchar. Egipto es un desierto, es verdad, que el Nilo fertiliza. La Libia es otro inmenso arenal. Pero la lección de la Somalia viene aquí a punto. El desierto impondrá una limitación de medios y de efectivos, ello es evidente; mas no impide la guerra, ni alarga la duración de las campañas. ¡Atención, pues! Cuando la hora suene en Occidente para la empresa de gran envergadura que Hitler prepara, podrá también sonar, allá, en Oriente, en donde va para siglo y medio, Napoleón buscara, contra los ingleses, la resolución de un problema análogo, con los medios inadecuados — como ocurriere en Boulogne — que la técnica de la época permitiera. Atención a la sábana del Sudán y a los arenales de Egipto. Las Pirámides pueden aun presenciar grandes cosas.

Graziani, un día, como Napoleón entonces, podrá también dirigirse a sus tropas para recordarlas que cuarenta siglos las contemplan desde lo alto de aquellos monumentos ingentes. Las Pirámides de los Faraones podrán así ser testigos de cómo nueva civilización, pletórica de sentido cristiano y repleta de contenido social, triunfa allí mismo, sobre ese istmo que es como el hito del viejo mundo en donde entran en contacto Europa, Asia y Africa a la vez.

Las Pirámides, que guardan el enigma y el misterio de un pasado remoto, parecen así llamadas, también, a reservarnos el enigmático y transcendental desenlace de un porvenir próximo.

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

← También los soldados neo-zelandeses han sido llevados a los desiertos egipcios para reforzar la resistencia inglesa

Soldados indios de los que han sido llevados a Egipto para defender a Inglaterra ↑

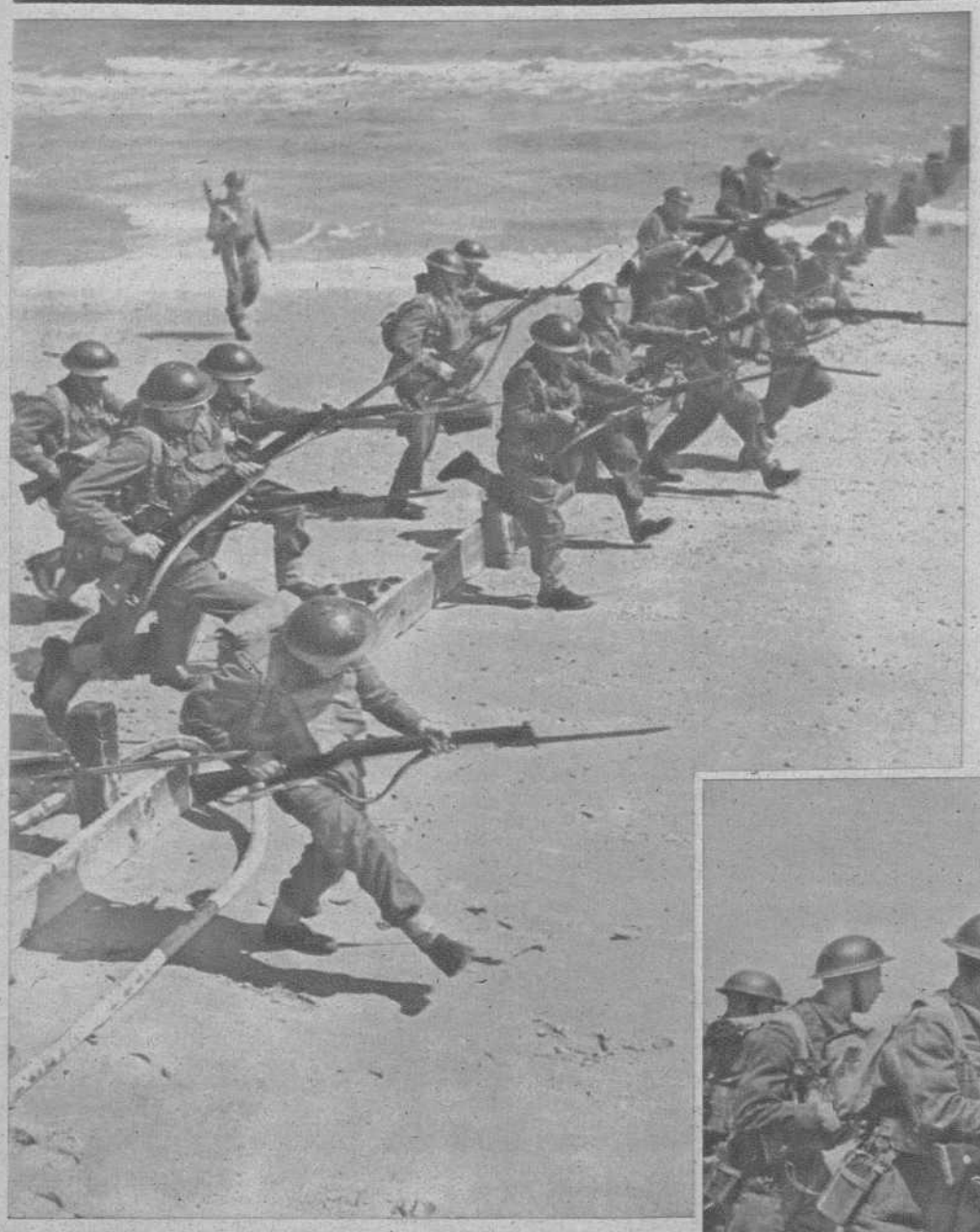
(Pots. Pando)

← Las ametralladoras antiaéreas apuntan a lo alto en espera de los posibles ataques de la aviación italiana

(Fot. Diego)

LA GUERRA VISTA DESDE INGLATERRA

"En una playa cualquiera..."



↑ Los ensayos para la defensa de Inglaterra. A bayoneta calada, los soldados arremeten contra el enemigo imaginario con un heroísmo teórico

Con estos fusiles ametralladores, enviados desde Norteamérica, hacen los combatientes, que aun no han combatido, sus simulacros bélicos ↓

Una fórmula de ataque y contraataque, puesta en práctica «en una playa cualquiera», durante los llamados ejercicios de defensa →

«En una playa cualquiera» de las costas británicas se celebran constantemente, desde hace ya varios meses — es decir, desde que el peligro alemán adquirió, después de la derrota de Francia, una evidencia imposible de soslayar por más tiempo — ejercicios para la defensa de Inglaterra. Ejercicios en los que unos cuantos jóvenes soldados, aun sonrientes porque desde luego no estuvieron presentes en la retirada dramática de Dunkerque, juegan alegremente a la guerra de «mentirijillas» y derrotan en el falso campo de batalla al enemigo imaginario que no tiene más remedio que huir ante el heroísmo teórico de los combatientes ingleses que aun no han combatido.

• •

Estos ejercicios o maniobras militares tienen — no hay más que ver las fotografías — una ingenuidad encantádora. Se diría que estos jóvenes uniformados son unos buenos chicos que tratan de divertirse un poco en un pasatiempo que la imaginación de los que participan en él hace emocionante. Es posible que bajo sus cascos de acero, dentro de sus prendas guerreras recién estrenadas y entre las manos el fusil con la bayoneta calada, estos reclutas británicos lleguen en algunos momentos a creerse héroes auténticos, después de haber correteado por las arenas de la playa en persecución de los supuestos contrarios.

• •

También es posible que los ingleses, fieles conservadores de las tradiciones más pintorescas, quieran demostrar, en estos momentos angustiosos, que su acreditada flema — bajo cuya máscara impasible hemos empezado muchos a sospechar que se oculta la lentitud evolutiva de su mentalidad — continúa imperturbable, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, gravedad que se ha acentuado notablemente en las últimas semanas.

• •

De todos modos, nos resistimos a creer que los sistemas y procedimientos defensivos con que el señor Churchill y los que en él creen tienen la esperanza de contener la temida invasión de las tropas alemanas no sean otros que los que divulgan las noticias publicadas en sus propios periódicos y las fotografías obtenidas «en una playa cualquiera». Creemos más bien que se trata de despistar al enemigo, de confiarle haciéndole creer en una falta de preparación y de comprensión ante lo que, según todos los síntomas, se avecina, para sorprenderlo y pulverizarlo con unos resortes defensivos que, hoy por hoy, continúan en el más impenetrable de los secretos.

• •

¿Pero de verdad piensan los ingleses rechazar así a sus contrarios? ¿El tiempo que va transcurrido en esta guerra, para ellos adversa desde el primer día, no les ha enseñado nada? ¿La lección de Dunkerque no ha sido aprendida aun? ¿Su derrota y retirada de la Somalia, hasta hace poco británica, no les dice nada tampoco?

• •

No hay más remedio que sonreír ligeramente cuando nos enteramos que dos docenas de venerables socios del «Rifle Club» se adiestran en su amado deporte del tiro al blanco para cuando lleguen esos paracaidistas germanos, que constituyen hoy la obsesión y el temor de toda Inglaterra. Las medidas que las egoístas Islas han tomado contra el Ejército que les ha de caer del cielo hacen suponer, casi todas ellas, que los súbditos del rey Jorge tienen la idea de que un paracaidista es algo así como una blanca y gigantesca paloma, gigantesca en su tamaño y gigantesca en su candidez, y que ellos no tendrán sino que afinar la puntería y apretar el gatillo para liquidar la lluvia de hombres. Quizá, en esta caza sin precedentes, pudiera escaparse alguno. ¡Ah! Pero para eso están las patrullas que recorrerán los bosques y las montañas y los caminos y los valles hasta dar con el paracaidista solitario, como si el paracaidista solitario no tuviera otra misión que

esa: estar solitario, sin protección de ninguna clase y esperar tranquilamente bajo un árbol su apresamiento, mientras se come una lata de conservas...

• •

Un desembarco también está previsto. Según las muestras gráficas que ofrecemos se trata de algo bastante sencillo de frustrar. Basta con la intrepidez y el valor de los soldados, que si es preciso llevan la bayoneta calada para llegar al cuerpo a cuerpo. En la playa sin protección a la vista no hay más que esperar a que los aspirantes a pisar la arena hagan su aparición. Entonces se hacen varias descargas de fusilería y ya está. Esto, por lo menos, parecen indicar las imágenes que tenemos el gusto de ofrecer a ustedes. Pero ya hemos dicho nuestra opinión de que se trata solamente de una muestra del permanente humor inglés, empeñado en dar una nota pintoresca, en presentarnos un aspecto divertido dentro de la seriedad de la defensa de Inglaterra. Y aunque ya es tener ganas de broma el dedicarse a tan inofensivos entretenimientos a estas alturas, no tenemos más remedio que reconocer que si el fin es el que señalamos ha sido alcanzado plenamente.

Tendremos que esperar hasta ver adónde llegan estos divertimientos bélicos con que la juventud militar británica ha sustituído, en atención a las circunstancias, las plácidas excursiones campestres de las vacaciones y de los fines de semana.

Entretanto, los alemanes, menos dados al humorismo, continúan enviando a los puntos vitales de Inglaterra sus grandes oleadas de aviones, descargando sobre las fábricas y los puertos, sobre los talleres y los aeródromos, la lluvia de bombas que restan la potencialidad defensiva de la Gran Bretaña y entorpecen y retrasan el ritmo de su producción guerrera. ¿Se trata de la campaña preparatoria de la invasión? Por lo menos esa es la opinión más generalizada y eso es lo que temen los ingleses. Llegado el momento sabremos si estas bromas defensivas que hoy comentamos piensan llevarlas hasta el final, o si, efectivamente, pueden detener la pujanza germana, como ha hecho creer a los ingleses el señor Churchill.

JULIO MARTORELL

fotos

↑ Esta es una de las maneras con que los soldados ingleses, dirigidos por el señor Churchill, piensan evitar la posible invasión

← Las maniobras han terminado, y felices y sonrientes por su brillante actuación, las tropas se retiran del «campo de batalla»...

Una patrulla dedicada a la busca y captura de los paracaidistas, que constituyen hoy la preocupación máxima de Inglaterra

(Fots. Diego) ↓

PUBLICITAS

Fosfatina AMBRI

Garantía de salud

LA RECOMIENDAN LOS MÉDICOS... LOS NIÑOS LA DESEAN.

FABRICA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS "AMBRI" • APARTADO 58 • LEON

De SABADO a SABADO

RUMBO

TOLEDO ENTIERRA A SU CARDENAL

ESTAS mismas calles por las que ahora pasa, dormido en la suprema quietud, el Cardenal, presenciaron en otras horas el gozo de la procesión del Corpus, cuando el sol de Toledo convertía en una hoguera dorada la custodia maravillosa que labró Juan de Arfe. Callejas retorcidas y estrechas, con nombre de conseja antigua; escudos que simbolizan desvanecidas glorias; pórticos de conventos y muros de dormidos caserones presencian el desfile del cortejo mortuorio. Doblan las campanas, y un redoble funeral de tambores acompaña el pausado avanzar del féretro por las calles angostas y escarpadas.

Entre los soldados de cascos grises — apretados rostros castellanos bajo el acero que cubre la cabeza — la doliente procesión camina con un paso lento, dificultoso. No sólo contempla su paso una multitud actual, racimos de rostros que sienten júbilos y dolores de hoy. Todo el viejo Toledo de las horas distantes se asoma también inmaterialmente para contemplar el desfile de la comitiva mortuoria. La ciudad es como una síntesis y un símbolo de lo español. El corazón de la historia dejó aquí sus mejores latidos.

Todo un mundo dormido y glorioso se ha puesto en pie, misteriosamente, para arrodillarse al paso del Cardenal. Las sombras de Mendoza, de Portocarrero y de Tavera — los cardenales que precedieron en la silla primada a éste que hoy entierra Toledo — se han erguido. Y desde una balconada invisible contemplan al sucesor que es ya, como ellos, quietud eterna. En el cruce de dos de estas callejas pinas, se unen a la multitud de hoy los caballeros que allá abajo, en Santo Tomé, presencian el entierro del conde de Orgaz. De este modo, miradas de otro tiempo, lejanas y extrañas miradas de los siglos en que Toledo era, efectivamente, la ciudad de los concilios, se posan sobre el ataúd que avanza por las calles, cubierto por el paño amarillo que hace centenares de años acompañó también al cadáver del cardenal Albornoz.

Pero no solamente miradas misteriosas de ayer ni miradas vivas, presentes, de hoy. El heroísmo — el heroísmo que ha forjado la nueva España — ve también el paso de esta procesión de la muerte. Al cumplirse el mediodía dominical, el ataúd dobla una calle y se encuentra, de pronto, en Zocodover. Allá, al fondo, las ruinas del Alcázar. Piedras rotas, calcinadas, negruzcas, sobre un fondo de un azul puro, de esmalte.

Hace, exactamente, cuatro años, el Alcázar se alzaba ante la mirada atónita de España y del mundo como un penacho de altivez heroica. En estos días de agosto, Moscardó y sus hombres escribían con sangre, entre el incendio y la metralla, una suprema lección de pasión española. Mientras el Alcázar resistía, Toledo estaba lleno de banderas rojas y de negras blasfemias. Era la hora mala de la profanación. ¡Ay de esta catedral y de estos conventos que lloran hoy con lágrimas de bronce la muerte del Cardenal! ¡Ay de estas cruces y de estas reliquias y de estas campanas que el Terror hizo enmudecer! Pero aquella altivez heroica — hace de ello, exactamente, cuatro años — logró, a lo largo de los días y a precio de duelo y de sangre, el rescate de la ciudad. Sin aquella suprema lección de pasión española no hubiese sido posible este «requiem» con que hoy Toledo acompaña el último paso del Cardenal por las calles angostas y retorcidas.

El ataúd está ya en la catedral, bajo el alto túmulo de paños rojos y negros, entre un coro de rezos y de cantos funerales. En las pausas de la última misa, bajo el silencio profundo de la ceremonia final, se escucha el fino chisporroteo de los blandones, el caer de la cera sobre las anchas losas. Allá arriba, en lo alto de las naves inmensas, la luz juega sobre la gracia polícroma de las vidrieras maravillosas. Es ya primera hora de la tarde. En la capilla del Sagrario la tierra espera con sus brazos negros el féretro del Cardenal. Cuando éste desciende a la fosa, bajo la capilla en penumbra se escucha el último rezo y la última salmodia. Pesa sobre la estancia una emoción grave, de duelo y de elegía. Todo acaba en la muerte. «Nuestras vidas son los ríos — que van a dar a la mar — que es el morir...» El ataúd del Cardenal, ya sin el paño amarillo de todo el itinerario mortuorio, está en la fosa, que los ladrillos y la argamasa van cerrando.

Queda, desde esta tarde dominical de agosto, aquí, al pie de la Virgen del Sagrario, cerca de la sepultura en que duerme también su sueño el último Cardenal Portocarrero. Desde aquí, el Cardenal hoy enterrado, el Cardenal de la guerra de España, sentirá — el alma convertida en luz — el hondo latido de la vida en la catedral. Plegarias, esperanzas, sollozos. Toda el alma ferviente de un pueblo que trabaja, que sueña y que reza. Esa emoción de la catedral de Toledo será como un eco y un índice de la emoción de España. Y llegará, hecha suspiro y anhelo, al espíritu de este nuevo gran Cardenal que duerme ya su sueño eterno al pie de la Virgen del Sagrario.

(Domingo 25, en Toledo)

El presidente de la Junta Política, señor Serrano Suñer, en representación del Caudillo; los ministros de Relaciones Exteriores, Aire, Hacienda y Educación Nacional y el secretario del Partido, en la presidencia del entierro del Cardenal Gomá

Notas gráficas del entierro del Cardenal GOMÁ

El paso de la fúnebre comitiva por las calles de Toledo

↑ El presidente de la Junta Política, acompañado de parte del Gobierno y de miembros del Consejo Nacional, en las solemnes exequias celebradas en la Catedral

El Cardenal Gomá, Primado de España, en su lecho mortuorio ↓
(Fots. Cifra)

ITALIA EN LA GUERRA

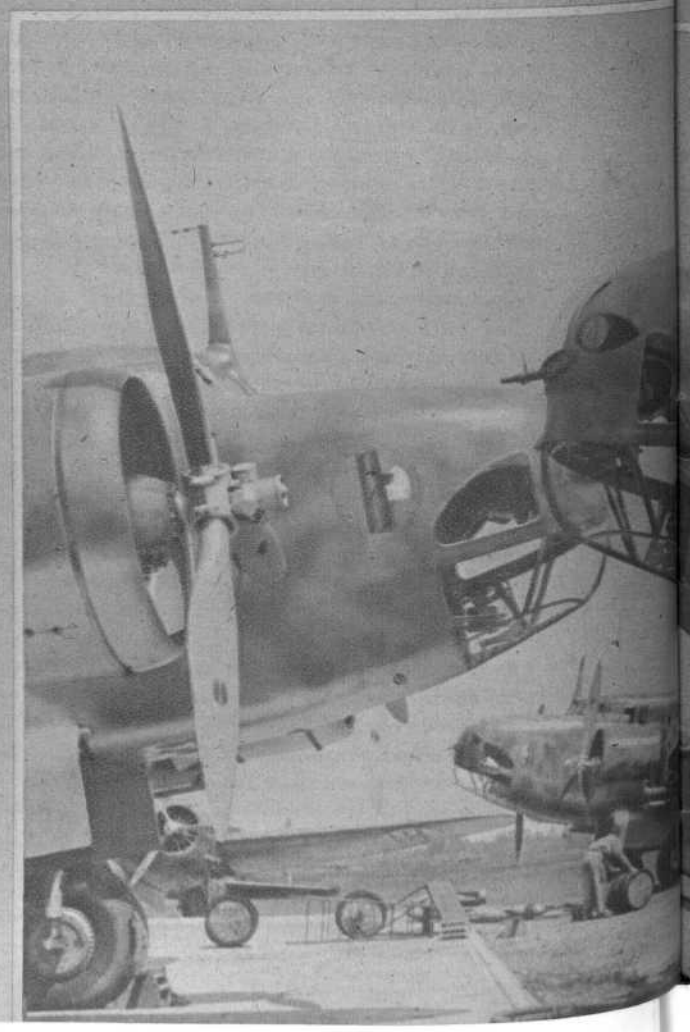
LA LUCHA EN LOS DESIERTOS DE AFRICA

Se ha perdido ya el contacto con el enemigo, que ha abandonado, por el mar, las últimas posiciones de la resistencia en la Somalia inglesa. Las columnas de los ejércitos italianos avanzan seguras hacia Berbera, sin hallar obstáculo (Fot. Luce)

En pleno desierto, y durante las últimas jornadas de la guerra en la Somalia ex inglesa, los combatientes de las fuerzas coloniales que han luchado junto a los soldados italianos emplazan la artillería protectora del último y definitivo avance (Fot. B.) ↓

Los prisioneros ingleses de guerra hechos en Somalia trabajan ahora en Abisinia las tierras del Imperio italiano. Es un curioso epílogo de la política de sanciones del señor Eden (Fot. Luce)

↑ Los jefes indígenas de Zeila acudieron presurosos a someterse a la nación conquistadora, realizando así, por fin, su deseo de encontrar los beneficios colonizadores que el Imperio ha sabido llevar a la Somalia italiana (Fot. Luce)



EL FINAL DE LA GRAN VICTORIA EN LA SOMALIA BRITANICA

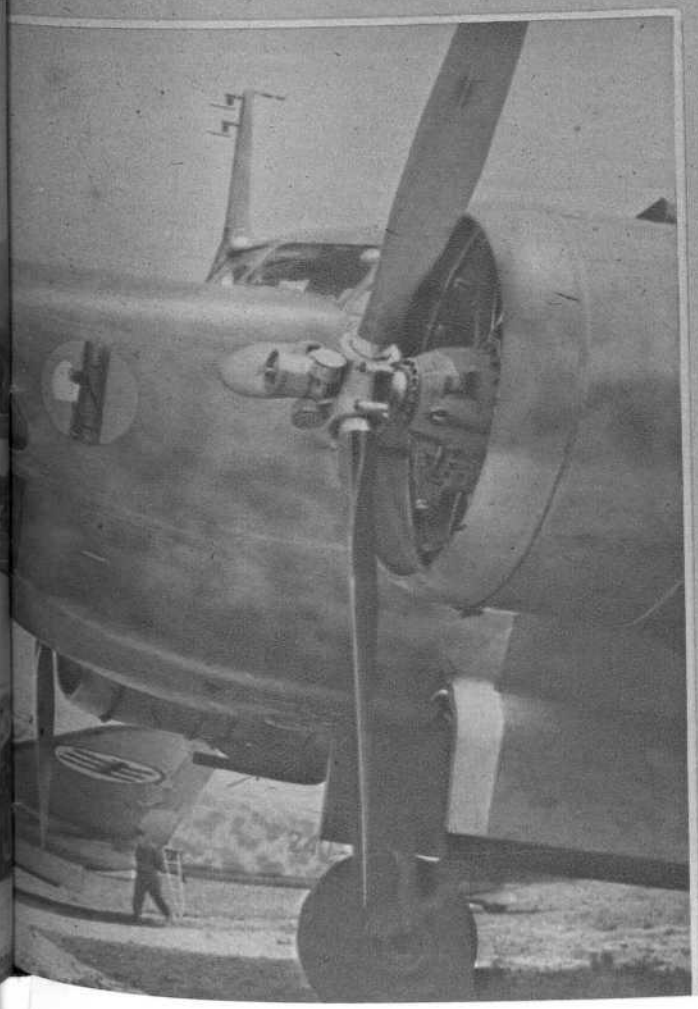
(Un reportaje gráfico exclusivo para FOTOS)

Deshecho y puesto en fuga el enemigo en menos de quince días, las victoriosas tropas italianas marchan triunfales hacia la que fué capital de la Somalia que ha dejado de ser británica

Gigantes del aire, dueños del cielo de Somalia, los aviones italianos de gran bombardeo han contribuido muy eficazmente a la destrucción de todo el aparato de la resistencia inglesa, tan breve como inútil ↓
(Fot. B.)

↑ La campaña conquistadora ha terminado: pero después de la batalla final aun quedan sobre el terreno que fué campo de combate las huellas de la lucha: ropas olvidadas, automóviles abandonados, fortines destruídos... (Fot. B.)

Conocedores del terreno y habituados al clima y a la naturaleza de la parte oriental de Africa, los bravos soldados coloniales de Italia han prestado en la extinguida campaña una valiosa colaboración ↓
(Fot. B.)

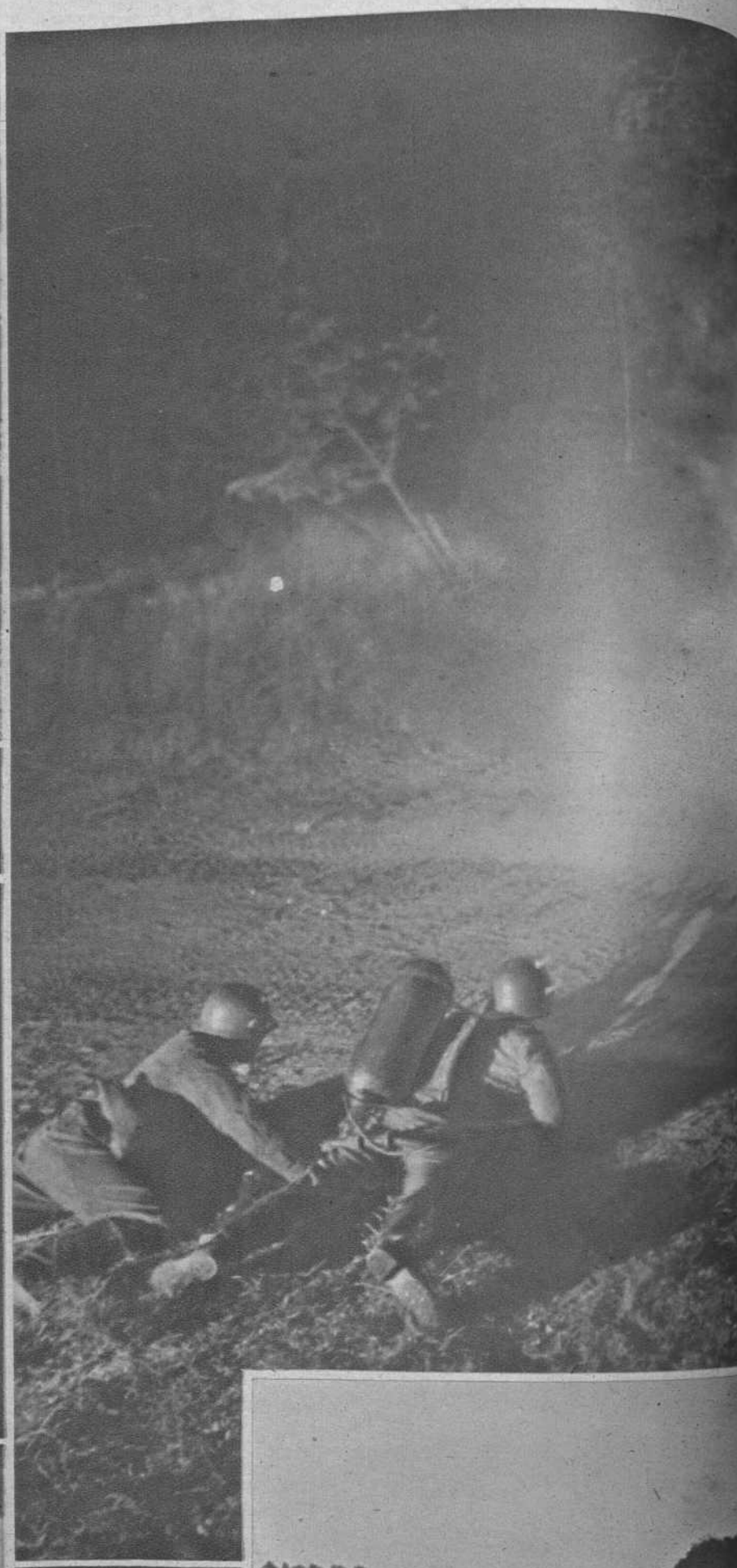


Para vencer los embudos encharcados se construye en plena noche un puente auxiliar, que facilitará el rápido avance de los tanques

SECRETOS DE LA GUERRA

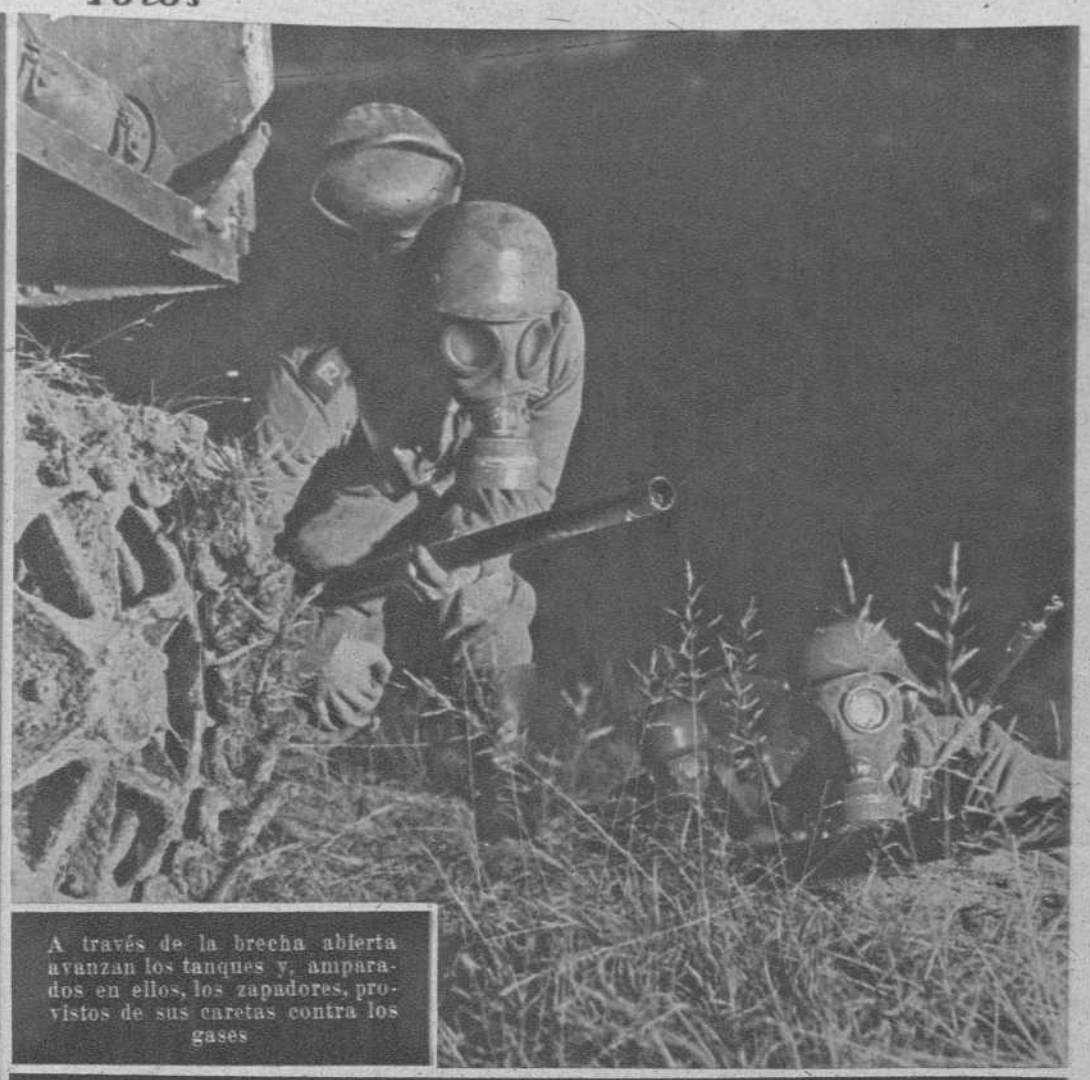
DURANTE mucho tiempo fué considerada la línea Maginot como el símbolo de la resistencia y la invulnerabilidad, no sólo en Francia, sino en todo el mundo. Era el mito belicoso explotado por las democracias decadentes y engañosas para mantener la mentira. Año tras año había trabajado Francia en la perfección de aquel inmenso baluarte de su frontera del Nordeste, detrás del cual miraba desafiadora a la que consideraba su secular enemiga.

Un conglomerado innumerable de fortificaciones, obstáculos y barreras ocupaba un dilatado campo de seguridad, a cuya continuación la cadena casi continua de fuertes blindados, parapetos, trincheras y chavolas fortificadas. «Por aquí no pasa nadie», era la expresión con que se manifestaba la confianza ciega y acendrada que se tenía en aquellas defensas que un día se desmoronaron vertical y rapidísimamente a los golpes de las férreas divisiones alemanas. Aquello pareció tan increíble que se habló de un arma secreta empleada por los germanos para destruir en horas aquella obra de titanes hecha al cabo de muchos años. ¡Arma secreta...! No hubo tal. A lo sumo, un secretillo, que pueden revelar los tenaces zapadores teutónicos,



↑ El obstáculo que amenaza el flanco de la columna es neutralizado por los lanzallamas que avanzan hacia las fortificaciones enemigas

← Por el puente construído en pocos minutos cruza el carro de asalto, mientras los soldados aguardan su paso para avanzar



A través de la brecha abierta avanzan los tanques y, amparados en ellos, los zapadores, provistos de sus caretas contra los gases

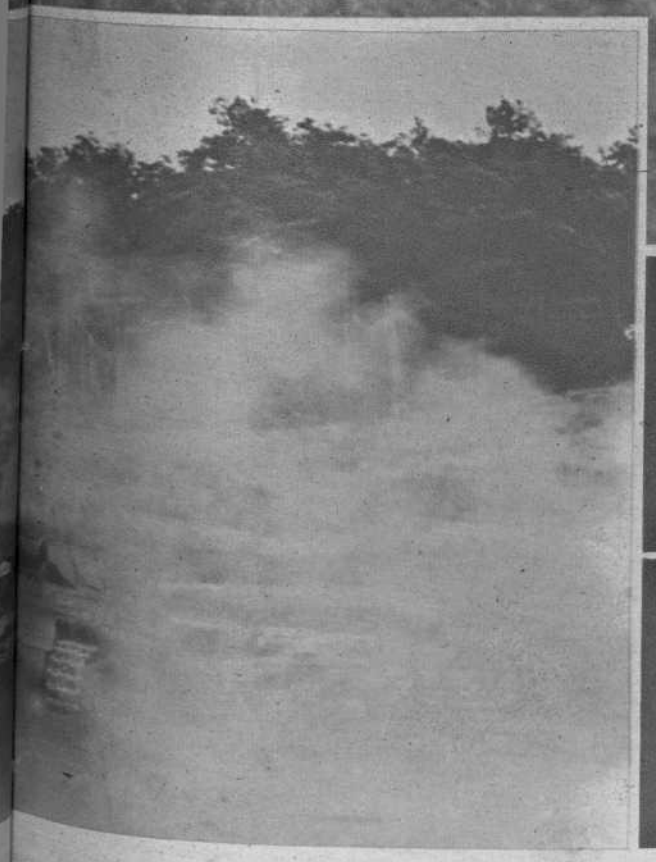
COMO FUE POSIBLE EL RAPIDO DERRUMBAMIENTO DE LA LINEA MAGINOT

(UN REPORTAJE ESPECIAL PARA «FOTOS»)

a los cuales corresponde una parte principal en aquel inusitado golpe. Mucho antes de empezar la ofensiva y durante meses y meses practicaron en el campamento de ejercicios el asalto a una línea fortificada.

Para ellos disponían de una auténtica línea Maginot que se había construído especialmente. En ella no faltaban ni los fuertes blindados, ni los parapetos, ni las chavolas, ni las trincheras fortificadas. Todo era «como si fuera de verdad». El terreno donde aquellas prácticas se realizaban ofrecía el aspecto de un campo de batalla completo. Cada uno de los zapadores alemanes que se ejercitaban día y noche sabía cuál era su misión. La sabía hasta en sus menores detalles. Y de un modo matemático y preciso. Conocía cuándo tenía que intervenir, al terminar su obra destructora los tanques y los «Stukas», y sabía lo que tenía que hacer en el caso de que el camarada de al lado pereciera en la lucha. El valor y la capacidad técnica de aquellos zapadores inspiraban una gran confianza al Alto Mando. Así lo reconoció más de una vez en sus expresivos partes de guerra. La rotura de la línea Maginot fué obra de la previsión realizada por un gran pueblo.

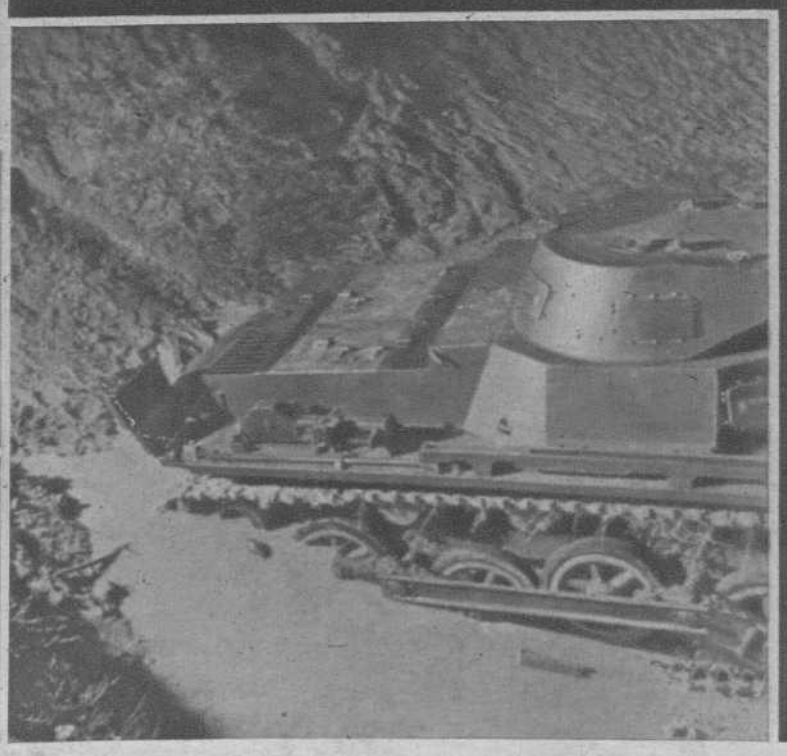
Esta fué su arma secreta.



← Entre la niebla artificial, los carros de combate van cruzando uno tras otro los primeros obstáculos de la defensa enemiga

Un tanque se ha enfangado en un gran charco, pero pronto será liberado con la ayuda de los puentes auxiliares →

(Fots. E.)



Los «grandes toreadores» suplican un rinconcito en la «calesa» de las presidentas para llegar «como mandan los cánones» al coso de la fiesta

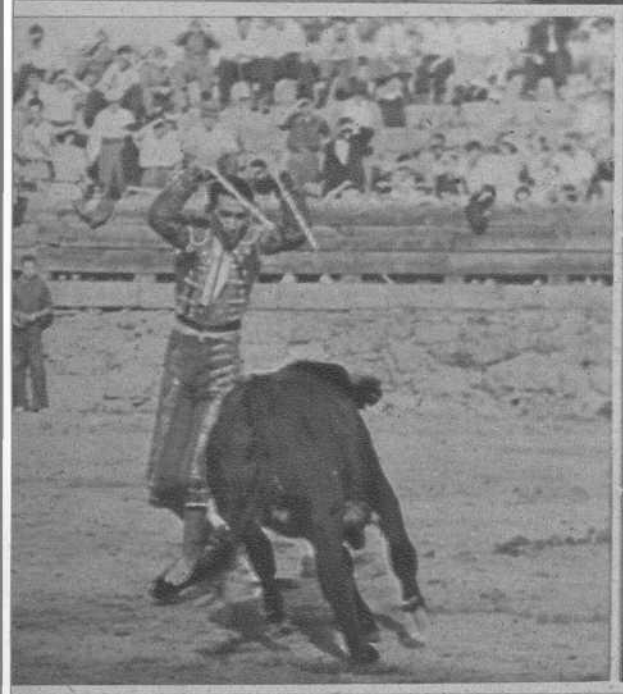
REPORTAJES

Tarde de toro

EL pueblo se ha vestido de fiesta. Hay toros y esto rompe la cotidiana monotonía del mes de agosto en la «Colonia». ¡Treinta y un días exactamente iguales! Hora tras hora; lo mismo ayer y que mañana. Aire puro de serranía con fragancias de pinos y gorjear de pájaros cuando el sol asoma; palique intranscendente al mediodía, almuerzo familiar, después siesta, vuelta al palique, paseo a la «Peña Grande», cena, y... hasta mañana, que se volverá a repetir el mismo programa.

Pero hoy domingo hay toros y todo ha cambiado. Una corrida de «postín», donde los señoritos, transformados en auténticos toreros — al menos eso parecen con sus alquilados «ternos» de seda y oro—, van a lidiar unos becerrotes con ganas de «pelea». Las guapísimas chicas del lugar dejaron el percalillo de sus vestidos de diario y lucen la gracia española de la mantilla y se cubren con el adorno castizo y popular del mantón de «flores y flecos». De la Sierra bajaron las serranas con sus peinados de «cocas», sus alfilerones en el moño, sus arracadas, sus collares y sus mantelétas de colorines. Nada falta en el marco dominguero de este día de fiesta.

La plaza está llena. En los palcos, las «personas mayores», en los tendidos y en las barreras la



↑ Esta preciosa chiquilla, evocación española de la maja goyesca, adorna la fiesta con sus risas y sus aplausos, dedicados al mejor torero, que..., «desgraciadamente», no ha toreado esta tarde

←La estampa no puede ser más bonita y «emocionante». ¡Un gran par de banderillas! Claro que, después, un garapullo quedó en la arena, y el otro... en la misma mano del rehiletero!

No es una manifestación de toreros por la plaza. Es, nada menos, que el paseo de las cuadrillas. El festejo ha comenzado con el clásico desfile ↓

↑ Las caras[illegible] nitas de l[illegible] presidentas [illegible] ven para que [illegible] matadores, [illegible] brindar, [illegible] acuerden q[illegible] después de [illegible] rarlas... tie[illegible] que jugars[illegible] todo ¡No falta[illegible] más!

←Primer [illegible] cio. La «suer[illegible] de varas». Sob[illegible] una «brisa ma[illegible] la», el pica[illegible] derriba del p[illegible] mer alfilerazo[illegible] terrible mori[illegible] ¡Cuidado con [illegible] «fiera»!

El «fenómeno» y su apoderado. ¡Quién sabe si en este diestro se encierra la fama y la popularidad, y en su acompañante, el hombre que firmará muchos contratos!

DEL VERANO

en el pueblo

alegría joven de muchas caras bonitas de mujer. Entre ovaciones y piropos y sobre una anacrónica «calesa» de «14 caballos» y motor de gasolina, dan la vuelta al ruedo las presidentas, repartiendo saludos y sonrisas. Instantes después, un pañuelo al aire anuncia el comienzo de la «corrida».

Carreras, sustos y revolcones. No hay peligro y todo es diversión. Brindis del primer espada y un corazón de mujer que frena el ritmo normal de su vitalidad en el momento que el matador se enfrenta con la «fiera».

Gran faena y un estoconazo mortal. El bicho cae sin puntilla, «agradeciendo» la brevedad de su agonía. Nuevo saludo al palco presidencial y un regalo que cae a la arena y el diestro recoge agradecido. Música, las mulillas, y otra vez el pañuelo blanco de las presidentas que rubrica en el aire la salida del segundo morlaco.

La «gran corrida» continúa en todo su esplendor...

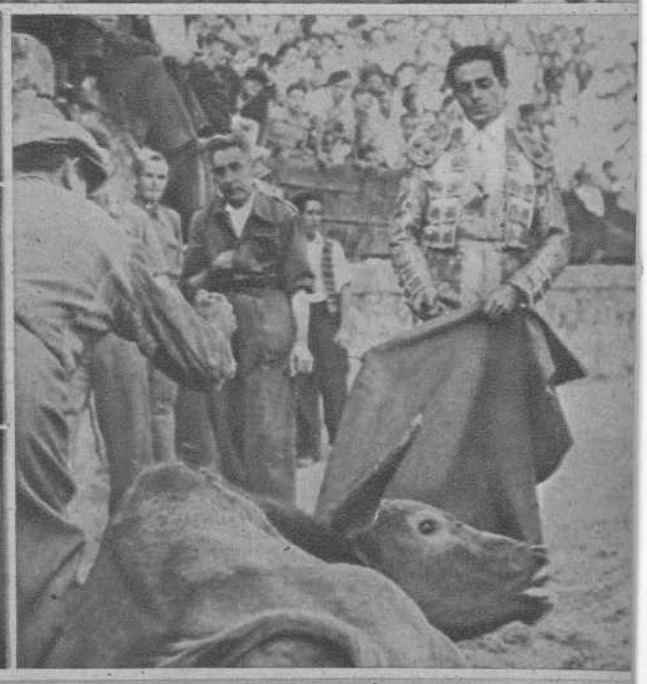
M. T.

Auténticos tipos de la serranía castellana, que dan a la fiesta pueblerina la nota colorista de sus trajes regionales ↑

No hay que afligirse, matador: el toro cayó para no levantarse más, después de su magnífico volapié. La oreja y el rabo vendrán en seguida →

Las mulillas. El astado hincó su poderío ante la destreza de su matador, y ahora es arrastrado para convertirle en sabrosos solomillos ¡Pobre animalito!

(Información de Montes, especial para FOTOS)



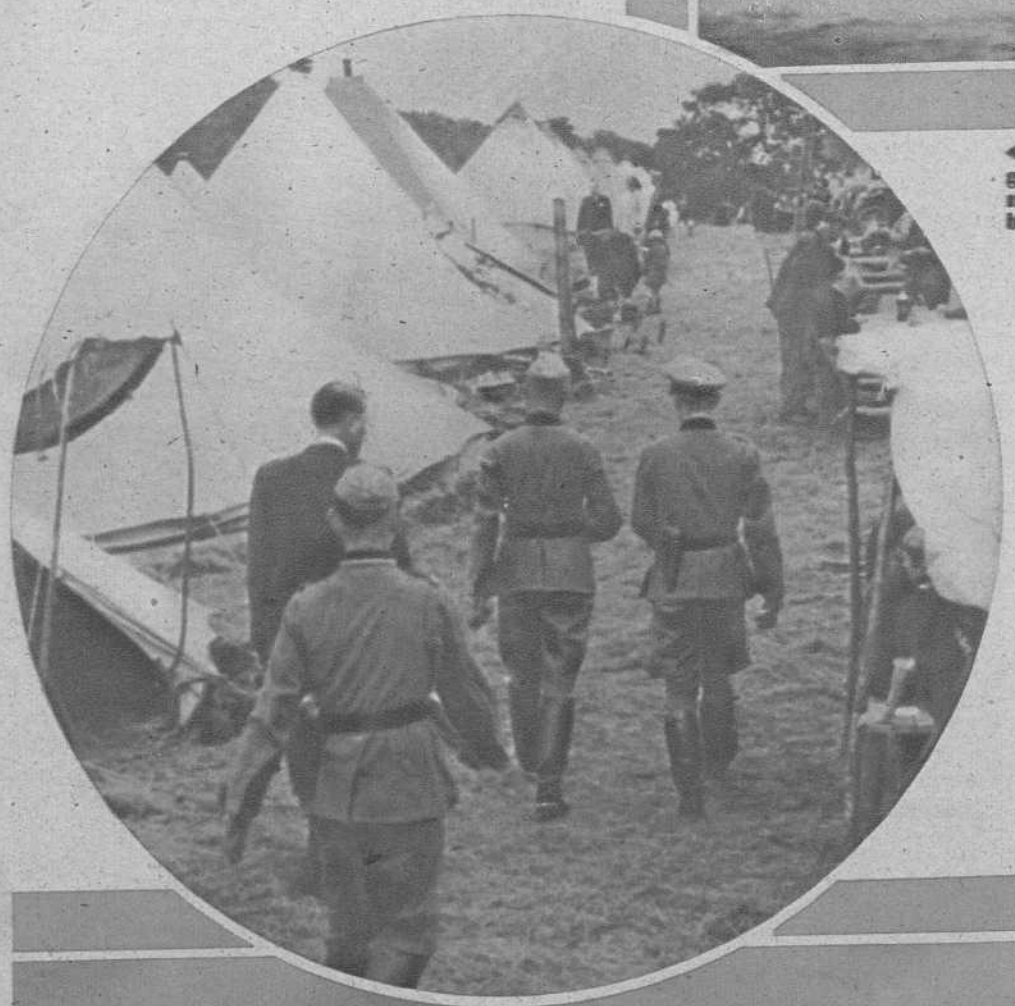
↑ ¡A la plaza! ¡A la plaza! Y allí va este ramo fragante de guapísimas presidentas a gozar y a sufrir... A lo mejor el primer matador es el galán de alguna de estas lindas mujercitas

Antes de dar comienzo la corrida, las presidentas recorren el ruedo entre ovaciones y piropos. ¡Si pudieran estar dando vueltas toda la tarde! →

DESPUES DE LA GUERRA CON FRANCIA

Cómo viven los refugiados belgas, holandeses y franceses en los campamentos alemanes

Sobre la misma bicicleta familiar que, en los días dichosos, sirvió para realizar alegres excursiones, estos refugiados franceses retornan a su hogar, libres ya de la pesadilla de la guerra



← La vida de los refugiados de guerra en los campamentos alemanes se desenvuelve en un ambiente de higiene, cordialidad y disciplina

La orden de repatriación ha sido dada, y los refugiados emprenden la vuelta a sus respectivos hogares en larga caravana...

Espíritu de organización

ORGANIZARSE es aprender a vivir, y en esta organización estriba la diferencia que la vida establece entre el hombre y los demás seres de la creación. La superioridad humana está basada principalmente en la organización. La disociación, el rumbo incierto, son cualidades del mundo animal. El hombre debe ser y es otra cosa. Y de aquí que los países mejor organizados sean aquellos en los que más ha arraigado el espíritu de organización. Podríamos poner como ejemplo de país bien organizado —la guerra ha venido a probarlo— la nueva Alemania de Hitler. Sujetar a una pauta, a un orden, a una disciplina, la vida racional fué siempre una de las metas de llegada de la civilización. Disciplina en la guerra y disciplina en la paz. Esa es la victoria total de la inteligencia. Alemania está realizando esa providencial labor ordenadora de organizar la derrota de aquellos a quienes venció, precisamente por falta de organización. Y esta empresa gigante y humana habrá de pasar a la Historia.

En su día, la Prensa publicó, derramándola por todo el mundo, la noticia de que en Francia, arrastrados por el alud de la guerra, habían quedado sin hogar seis millones de franceses y cuatro de belgas y holandeses. Ello suponía un vértice apocalíptico, en la desorganización de las retaguardias, que iba a plantear a Alemania un problema irresoluble de alimentación y de higiene para cuya simple contención necesitaría, sin duda, un esfuerzo tan considerable como el que suponía el choque de las armas.

Delante de los Ejércitos victoriosos del Reich, por los caminos de Francia, un arrollador oleaje humano se desbordaba en éxodo hacia las tierras del Sur. Eran millones de criaturas sin pan y apenas sin vestidos a los que un fenómeno de cenismo incrementaba su trágica visión. Belgas, holandeses, hasta polacos y súbditos de los más distantes países, radicados en los pueblos invadidos, mezclaban sus idiomas para la desesperación y la súplica. Enseres abandonados al borde de las cunetas, carricoches que fueron el lujo rústico de las labranzas, llenos de los elementales útiles del descanso. Y por todas partes «rechinar de dientes» bajo la tolvanera de polvo del sendero inacabable por el que familias enteras se ponían en manos de Dios en busca de un nuevo destino. «¡Alemania —gritaba la judería agazapada— será absorbida por ese pulpo gigantesco que tiene hambre!» Cuando los soldados del Reich llegaron a la raya fronteriza del Bidasoa toda Francia fué una inmensa bolsa, un botín de triunfo bajo cuyo peso podían hundirse los hombros del triunfador. Y ¿fué?

No fué. Porque un maravilloso espíritu de organización velaba. Era el espíritu de la nueva Alemania, sobria, generosa, disciplinada y entera.

Vida nueva

El documento gráfico apenas nos permite la aproximación a una realidad que es un blasón de paz sobre el agrietado muro de la guerra. La fuerza germánica ha batido todas las marcas de la posibilidad humana frente al imperio de la disciplina, y el águila germánica es hoy, para millones de desamparados, la palomica que con la paz prende en el pico la oliva y la miga tierna. Docenas de campamentos de auxilio visten, con las tiendas de sus lonas y las maderas de sus casamatas, el agro francés, aun espolvoreado con el negro de la pólvora. Son los llamados campos de

concentración, en los que Alemania ha recogido, sobre el suelo de la propia Francia, las trágicas legiones de los desheredados por la guerra.

Los corresponsales extranjeros de varios países, residentes en Alemania, han girado una visita informativa a dichos campamentos, y por la Prensa italiana conocemos la volición de ese nuevo mundo de los refugiados sin hogar bajo la organización germánica.

«El campamento que visitamos está distribuído en calles lineales formadas por las tiendas, cuyas lonas, lavadas semanalmente, son tiránicamente blancas, y en el campamento viven ochocientas familias francesas, belgas y holandesas.»

«Las Escuelas son de madera, limpias y aireadas, en las que los niños de los refugiados reciben instrucción diaria de los maestros y maestras pertenecientes al campamento. El baño de aseo es obligatorio y para él se utilizan unos grandes bidones situados en el interior de unos cercados, construídos con altos ramajes. Hay servicio médico y farmacéutico y se han registrado ya muchos casos de feliz alumbramiento, en los que las madres fueron debidamente asistidas en unos «capitonés» aislados que hacen a la vez de enfermería y lazareto, según las necesidades.»

«Jueves y domingos, las bandas regimentales alemanas amenizan la paz del campamento, y la juventud, en la que se anuncian próximos matrimonios, se esparce y se distrae sobriamente, sin faltar al dolor que vive en el recuerdo de los concentrados.»

«A las siete de la mañana se toca diana y a las nueve retirada. Las mujeres se dedican a la limpieza interior de sus tiendas, divididas en compartimientos, mientras los hombres limpian las calles, riegan y trabajan en composturas y labores propias de su sexo y previamente señaladas.»

«La asistencia del Reich da tres comidas diarias a los concentrados. El desayuno, a las ocho; la comida, a las doce, y la cena, a las siete. Las comidas son abundantes, variadas y nutritivas. A los enfermos se les facilita leche y un régimen especial.»

«Diariamente hay conferencias instructivas, horas dedicadas a la lectura y al descanso, coincidiendo estas últimas con la llegada de la correspondencia y de la Prensa, que los refugiados devoran, ya que la dirección alemana hace llegar al campamento periódicos de todos los países de los que son súbditos los acogidos.»

Los refugiados franceses, al llegar a una población en la zona ocupada por los alemanes, son atendidos por las fuerzas germanas de vigilancia

«Un orden riguroso, una disciplina ejemplar y sin violencias, hace de la vida en el campamento una cosa sencilla que se desenvuelve con la regularidad y exactitud de una máquina de relojería.»

«A muchos de los refugiados se les facilita salvoconductos para que puedan trasladarse a sus ciudades abandonadas para conocer el estado de sus hogares y preparar su regreso a ellas. Y ya se han dado también varios casos de concentrados que regresan al campamento y ante la incógnita de tener que volver a recomenzar la vida en sus ciudades medio asoladas, prefieren continuar en el campamento para esperar, sin prisas, a que la vida se regularice completamente en las poblaciones en las que abandonaron sus hogares.»

La llegada de la Prensa a los campamentos alemanes de los refugiados de guerra. Momento de distribuir los periódicos entre los refugiados

(Fots. Orbis)

Final

Sólo un comentario preciso nos despierta este índice alemán, de organización y espíritu fraterno, en sus campamentos de concentración.

Alemania, que ganó una guerra con la disciplina y heroísmo de sus armas, está ganando, ante el mundo maravillado, una paz que será luminar de la Europa futura. Porque para ser bueno, y generoso, y disciplinado, ante llagas propias y aun sangrantes, también se necesita ser héroe. Héroe consciente y gozoso de la paz.

ABEL CAPUZ

LA PROXIMA TEMPORADA
PRESENTARÁ
CIFESA
UN FILM DE ANTONIO CALVACHE
BOY
POR
ANTONIO
VICO
LUIS
PEÑA
MARIEMMA
CON
MANUEL GONZALEZ Y
LUIS PEÑA SANCHEZ-PILAR SOLER-M.ARBÓ
DIRECTOR:
ANTONIO
CALVACHE
FOTOGRAFIA:
ENRIQUE GAERTNER
ESTUDIOS
CEA
CIUDAD LINEAL MADRID

PANTALLA AL HABLA CON LAS nuevas "estrellas" DEL CINEMA ESPAÑOL

—¿Señorita Santamaría?
—Al aparato.
—¿Cuándo es esa entrada por la puerta grande de los Estudios?
—Por la puerta, sencillamente.

Mary Santamaría

—Bueno, pues por la puerta. ¿Cuándo es?
—Pasado mañana. ¡Tengo un miedo!
—¿Miedo a qué?
—A fracasar.
—Usted no puede fracasar.
—¿Por qué no?
—Porque es usted un prodigio de fotogenia, un prodigio de belleza, un prodigio de juventud, un prodigio de simpatía y un prodigio de arte cuando habla, cuando canta y cuando baila.
—Ha estado usted *prodigioso*, no se puede negar.
—¿Y, por fin, es «Gracia y Justicia»?
—«Gracia y Justicia». Torremocha es el director.
—Y usted la protagonista. Como comienzo de carrera la cosa no puede estar mejor.

Atención a Mary Santamaría, donde está seguramente una auténtica revelación de la pantalla española, una artista que en plazo breve hará destacar desde el lienzo blanco su acusada personalidad.

Pura Guardón

Otra figura femenina de «Boy»: Pura Guardón. Andaluza. Morena. Simpática hasta la enajenación.
—Sí, señor; ya he terminado la película y estoy encantada.
—¿Encantada de qué?
—De todo y de todos. De Calvache, que es el director. De los compañeros...
—¿Y de su actuación también?
—De eso no sé nada. No me he visto aun.
—¿Debuta usted con «Boy»?
—No. Debuté con «Tres edades». Una peliculita corta, ¿sabe usted? Y, según dicen, no lo hice del todo mal.

Como que Pura Guardón se ha presentado al examen cinematográfico con la papeleta bien aprendida. No es extraño su triunfo. Y se puede anticipar que la esperan otros muchos. Pura está ya preparada para nuevas películas donde su capacidad artística se irá afianzando cada día más firmemente.

Ahora va a descansar. Pero sólo por unos días. Después de este breve paréntesis se incorporará de nuevo a las tareas cinematográficas, a la vida de los Estudios españoles, donde estos días se trabaja en todos ellos a ritmo acelerado.

Ustedes ya la conocen. Pilar Soler es la «mujer fatal» de «La Gitanilla». Antes ha hecho, en papeles de menor y mayor importancia, un buen número de películas. Va derecha hacia los

Pilar Soler

primeros puestos femeninos de nuestro cinema. Pilar, al habla.
—¿Cómo? ¿Qué dice usted?
—Que qué es lo que hace ahora.
—Ahora hago las maletas.
—¿Se marcha?
—¡Qué penetración!
—¿Y adónde se va usted?
—A Italia. A hacer películas allí. Poco tiempo. Luego, otra vez aquí.
—¿Pero no estaba usted haciendo...?
—Estaba. Esa es la palabra. Estaba haciendo «Boy». Pero he terminado ayer mi papel. Y estoy contenta. Creo que he dado un pasito hacia adelante.
—Así sea.

Pilar va a Italia a hacer allí dos cintas por cuenta de una empresa española.
—¿Por qué no las hacen aquí?
—Porque no hay ahora bastantes Estudios para desarrollar toda la producción.
—Comprendido.
—¿Algo más?
—¡Buen viaje!

Mary Carrillo

Pero tenemos, al teléfono, a otra nueva estrella de nuestro cine. A la gentil Mary Carrillo, cuya labor en «Marianela» elogian sin tasa los pocos que han tenido la fortuna de verla actuar ante la cámara.
—Sí, me han dicho que estoy bien. ¿Será por ser amables...? ¿No? ¿Cree usted que no...? En fin, yo no puedo juzgar. No he visto la película. Y aunque la hubiera visto. Eso lo ha de decir el público, que es... ¿Cómo es eso? ¡Ah, sí! ¡El público es el supremo juez!
—¡Bravo!
—Ya sé que no es una frase muy nueva, pero llevo tan poco tiempo en el cine que aun no me he preocupado de ser original.
—En eso puede estar su originalidad precisamente. En su falta de afectación y de *pose*, en su naturalidad. Por eso, según nos aseguran, ha podido usted cumplir brillantemente su cometido en «Marianela».
—Pero ese ¡bravo! me ha sonado un poco irónico.

—Nada de eso. Es que me he dado cuenta de que une usted a su talento la discreción.
—Tampoco eso es muy nuevo.
—Pero, en su caso, es evidente.

Al aparato la voz grave y opaca, como pasada por un paño, de Tina Mayer. De Tina Mayer cantante y bailarina, que cuando está en España luce un repertorio exótico y cuando

Tina Mayer

está en el extranjero viaja con repertorio español y se hace llamar Carmen de Córdoba. Pequeños *truquitos* que emplean a veces las artistas de cierta experiencia para ir por el mundo.
—¿Y por qué se llama usted, cuando sale de aquí, Carmen de Córdoba?
—Porque así se llamaba mi madre. Yo soy hija de española e italiano.
—¿Dónde ha estado usted últimamente?
—En Berlín, en Roma. He hecho películas. Unas cositas cortas. Eso que llaman «sketchs».
—Comprendido. ¿Y ahora?
—Ahora, aquí, no sé por cuántos tiempo. Voy a debutar. Y voy a hacer cine. Por lo menos me han hablado ya para una película.
—¿Título?
—¡Si no lo sé! Van a volver mañana.

Viajera de todas las rutas, artista en todos los países, Tina ha dejado ahora en Madrid, por una larga temporada, su equipaje forrado con las etiquetas de todos los hoteles. ¡La cámara espera!

M.ª Luisa Gerona

Por el auricular se oye ahora la voz fina de María Luisa Gerona, la «estrellita» que en el segundo papel femenino de «La Dolores» ha demostrado cumplidamente un temperamento artístico capaz de mayores empresas.
—¿Es esta su primera película?
—No, no. «La Dolores» no es mi primera película. Antes había hecho dos cintas cortas: «No fumadores» y «Tres edades». Fué por mi actuación en ellas por lo que me dieron la oportunidad de «La Dolores».
—Oportunidad que usted ha sabido aprovechar muy bien. ¿Y qué proyectos tiene ahora?
—Voy a empezar pronto dos películas largas. Una de ellas se titula «Los millones del polichinela», y la otra «Bécquer», que dirigirá Juan de Orduña.
—Y ahora, ¿qué hace usted?
—Pues, nada... Es decir, prepararme para, cuando llegue el momento de enfrentarme otra vez con la cámara, estudiar mis papeles.
—¿Nada más?

—Y bailar, como siempre. Todos los días repaso mis bailes. Después de todo, yo he sido bailarina antes que actriz de cine.

ALBERTO ARENAS

fotos

un cuento cada semana

Juan el "Amante"

por Josefina de la Maza

JUAN «el Amante» había sido marinero y pastor. Fornido, no muy alto de estatura, pero sí esbelto, con esa finura que dimana de un talle delgado y se hace hermosa arquitectura humana en la anchura de los hombros, en el cuello largo y fuerte, en la cabeza pequeña y altanera. Era blanco, pero el aire constante del monte y de la playa le había puesto moreno, con el color dorado que regalan el sol y el mar.

Juan hacía honor a su romántico apodo y era un hombre «amante». Lo fué desde chiquito, cuando a la salida de la escuela, sin entretenerse con el juego y la gritería salvaje de sus compañeros, corría al regazo de su madre y la abrazaba mimoso, gozándose en llenarle la cara de sabrosos besos. Igual que cuando salía de la iglesia, de la lenta misa dominguera y acompasaba su inquieto paso al paso solemne de la madre, paso «de domingo», breves horas en que la sufrida montañesa gozaba del descanso que Dios ordena con un sentido patriarcal y humilde.

Juan creció fuerte y arriesgado y siempre «amante». Hasta que tuvo veinte años y una novia, y se arrimó a ella en los atardeceres, rudo y amoroso como nunca. Las primeras estrellas los vieron caminar con lentitud y ensueño de vuelta de la fuente, de la novena o de la romería. La vida y el noviazgo se deslizaban mansamente, «amorosamente», entre Luz y Juan.

Hasta que la guerra estalló a sus pies como un petardo estridente. Y Juan se hizo miliciano rojo. Estaba el pueblecillo enclavado en la orilla del mar, con un estatismo milenario, inerme frente a las olas y su cantar. Juan dejó el remo y la red, la lancha y la vela, y derivó tierra adentro, por caminos de perdición.

Con otros compañeros, Juan hizo lo primero que había que hacer según órdenes de células y dirigentes. Buscar en todas las casas de portalada y escudo a los hidalgos señores para matarlos o encarcelarlos, derribar la torre de la iglesia, quemar los santos, alzar el puño. Todo se hizo a las mil maravillas, bien dirigido, con excelentes *materiales* y en absoluta impunidad. Juan fué el encargado de saquear la iglesia.

La dulce Virgencita del Remedio, reina del templo, Patrona del valle y de la playa, tiene una rutilante corona de plata, una humilde corona pueblerina que es un halo blanco en las sienes morenas de la imagen. Es pequeña la Virgen: lleva al Hijo en los brazos y El y Ella sostienen hieráticos, en la mano, un marchito ramo de flores de papel. Se alza la iglesia frente al mar, en un alto de roca y musgo. En la nave central, de un románico solemne y sencillo, está colgado un barquito centenario que se mueve al compás del viento. Porque el viento, el viento del mar, es amigo de la iglesia, de la Virgen y de aquella navecilla puesta al socaire de la casa de Dios.

Cuando del poderoso Océano entra en la iglesia el vendaval inmenso, húmedo y salado, la Virgen no se asusta. Ella y su Niño agitan entonces blandamente los tirsos de papel, la plata de la corona se empaña con un vaho marinero y el barquito se mece, añorante y gracioso.

«El Amante» tiene esta tarde que asolar la iglesia, y entra seguro y *sin prejuicios* en la pobre casa de Santa María. Derriba los santos, arranca los paños de los altares, descuelga lámparas y cuadros que se pueden cotizar bien en cualquier mercado. Y sube con una arrogancia excesiva, pisando fuerte y hasta entonando un bárbaro cantar, las tres gradas del altar mayor. Nunca ha visto Juan tan de cerca a la Señora. Tiene Ella muy rasgados los ojos de cristal, con una inclinación bizantina y graciosa, tiene muy suave la sonrisa, muy finas las cejas rectas y un óvalo perfecto, «virginal».

Pero, a lo que vamos, ¡qué historias!; ¿por qué ha de fijarse Juan en estas cosas, y también que en el cristal de las cándidas pupilas tiembla como un agua de llanto? ¡Bah! Será que entró ese viento del mar, el de siempre, el que empaña la corona con su aliento y puede también enturbiar la santa mirada. Aquí lo que hay que hacer es acabar pronto... Y Juan alza la mano y le quita a la Reina del Cielo su diadema. El mozo resuella, suda y tiembla. La Madre, está más encantadora que nunca sin corona. El liso peinado le hace más enternecedora, más inerme, más María de Nazareth, la hermosa Nazarena Madre de Dios. Juan no atina a pensar estas cosas, pero se le turba la mirada sin querer posarla en aquellos ojos que le reclaman... Y casi con un puñetazo esconde la pequeña corona en el bolsillo de su «mono» azul.

Respira el hombre libre de un cuidado, de un enternecimiento que estorbaba a su valentía y matonismo. Y sigue el despojo de la iglesia, hasta que se colman unos grandes sacos que salen al portal en hombros de la pandilla. Allí a la puerta espera un carro con la masedumbre de los bueyes uncidos, graciosa y fuerte la línea de su dibujo; es la carreta romana, sin variación en los caminos montañeses desde los tiempos ccsáreos. Su espacio se colmó siempre con mieses y cosechas bendecidas, y el chirriar de sus ruedas era un agudo acompañamiento, lento y melancólico, un «cantar» vegetal casi, parecido al ruido del viento en el bosque, del agua en la torrentera, de los pájaros despidiéndose del día en las altas ramas.

Gime ahora la carreta bajo un peso criminal y extraño; la humilde riqueza de Santa María del Remedio desaparece en el recodo de un camino montañés, bello como un parque, de una elegancia señoril y entonada, envuelto este día en el gris sedante de la niebla.

A la puerta de la iglesia, «el Amante» se ha quedado solo frente al mar. Hace muchos días que no sale en su lancha, ocupado como está en estas «cosas» de la guerra, que en el pueblecillo costanero se reducen al robo y el crimen.

Y esta tarde nublada y fresca del verano le está tentando a Juan para saltar a su bote y marcharse mar adentro, huyendo de la tierra y de no sé qué malestar extraño que de ella le dimana. En el bolsillo superior de su traje guarda la corona de la Virgen y le están pinchando los rayos de la humilde joya encima precisamente del corazón.

El viento del mar grita, riñe y solloza, y también juega y ríe con las olas pequeñas como niñas. Cunde la marea baja y tranquila. Juan permanece inmóvil, sujeto — como un barco a su amarra — a unos nobles pensamientos que surgen de las piedras sagradas, de la puerta y el recio dintel de la pequeña iglesia.

Una mujer sube por la cuesta rocosa de la playa. Es fuerte y gentil. Anda de prisa y pisa con ahinco los bravos andurriales. Pronto llega al lado del mozo y sin hablar le mira hondamente, con reproche y con amor. Esta muchacha es Luz. Y tiene, en efecto, una mirada luminosa, una luminosa cabellera, un halo de juventud y de fragancia más poderoso aun que la hermosura. Va a decir algo cuando Juan se atreve a posar su mano sobre la dulce boca:

—¡Calla; de «esto» — y señala el desolado templo — no me digas una palabra, ni una sola, ¿oyes?

Luz calla. Se le empañan los ojos de lágrimas y Juan, brusco como nunca, perentorio y brutal, le conmina:

—Si lloras me voy, me voy para siempre y no vuelvo.

La muchacha sostiene los ojos abiertos sin pestañear, para contener, sin que caigan, aquellas gotas de su dolor.

—Venía — logra pronunciar — para decirte, aunque no quieras escucharlo, que por Dios no toques la imagen de la Virgen. Dicen que el que lo hace con malas intenciones, se queda ciego: lo he oído contar mil veces a los viejos.

Y la niña hace un relato candoroso y legendario, allí de pie entre el mar y la montaña, junto al hombre perturbado de mil distintos afanes. Cuenta ella cómo antiguamente la iglesia de Santa María del Remedio fué rica en alhajas, lámparas y ex votos de plata y oro. Codicia de los bandoleros, fácil al robo por su esquiva soledad, el templo fué saqueado en distintas ocasiones. Pero nunca los hombres torvos del trabuco y el puñal se atrevieron a poner la mano, ni casi la mirada, en la Dueña de la Casa de Dios, la dulce matriarca morena y fina, adorable. Aseguran que mezclando la absurda superstición al sacrilegio, las broncas voces de los bandoleros le dijeron a la Madre, al entrar y al salir de su hogar: «Ave, María...»

Todas estas cosas las cuenta Luz apresurada y conmovidamente, mirando a los ojos al muchacho. El, a su pesar, escucha en silencio...

Va subiendo la marea por la playa, inexorable, con su eterno golpe seguro y firme. El ruido rasgado de las olas se le mete al muchacho en el pecho, al mismo tiempo que la voz pastosa y ferviente de la novia. Son aquellas dos voces, la del mar y la de la mujer, dos cosas buenas y puras que «el Amante» recibe con gusto y conmoción. Cae la tarde gris y templada. El ruido de la carreta ladrona ya se ha perdido en los recodos de la mies, tierra adentro.

Juan ha sacado lentamente, del bolsillo de su «mono», la diminuta corona de la Virgen. Mira a la muchacha y le dice, emocionado y torpe:

—Vamos a devolverle a la Virgen su corona...

Juan y Luz entran en la iglesia.

La Madre sigue imperturbable en su sonrisa, serena frente a la locura de los hombres. Ella, la que «salió de la boca del Altísimo», la que «hizo nacer en los cielos la luz indeficiente y como una niebla cubrió toda la tierra», la que «puso en los altos cielos su morada y el trono suyo sobre

una corona de nubes», quien «fué engendrada primero que existiese ninguna criatura» y que «hizo el giro del cielo penetrando por el profundo del abismo», no puede variar su regia expresión porque un mozo desventurado trepe hasta su altar para quitarle su diadema. Si en su amoroso corazón le duele la mala acción del hijo descarriado, su inmensa caridad perdona y hasta bendice.

Por eso los novios la están viendo ahora más amorosa que nunca, más celestial y humana y acogedora.

Ya se dirigen a su camarín, ya suben trémulos las gradas del altar, cuando unas voces del exterior les contienen con un humano terror acusado en los semblantes. Llegan más *compañeros* por el camino y están ya a dos pasos del atrio cristiano.

Juan y Luz se sienten invadidos de miedo y cobardía. La vida de la carne y de las venas puede en ellos más que el espiritual impulso. Juan esconde la corona.

Luz cambia su iluminada expresión por un gesto indiferente. Y cuando los hombres entran en la iglesita, los novios aparentan a la perfección el aire de quienes no han entrado allí sino en obediencia de unas órdenes de desolación y ruina...

Santa María del Remedio, sin corona, sigue ofreciendo el candor de su sonrisa encima del miedo y del crimen, alta y dulce en la costa cantábrica.

La marea, ya alta, manda al templo su soplo fuerte y salado. Se mece el barquito, se agitan los ramos en las benditas palmas de la Madre y del Hijo.

De nuevo frente a los hombres y las pasiones, Juan pierde su impulso y su gesto, aquella fuerza noble que le diera el bárbaro peñasco, el Océano y la sirte. Rinde el ánimo ante unas órdenes estúpidas y deja de escuchar la poderosa y fuerte voz del mar, del cielo y del amor. Al lado de su novia, silenciosa y asustada, Juan se hunde en los caminos de la tierra.

Contra la lisa arena, el cristal de las olas se hace trizas, deshecha su arrogancia en una tierna espuma, suave y salada.

• •

Tres años broncos y valientes han pasado sobre España, sobre sus tierras y sus mares. La vida vuelve como un pulso convaleciente, cada día con más robusto latido. Ya en las ciudades se apresura el turbulento y dinámico vivir hecho luces, giros, rumores y animación.

Y en estos numerosos campos de Cantabria, la existencia surge con un calmado «tempo», en el que resuena, constante, el golpe de la azada en la tierra, el rasguido del dalle en la mies, el cantar de los carros centenarios que otra vez se hinchan de la cosecha noble, lograda con el esfuerzo de los brazos y el sudor de las frentes, como manda Dios.

Desde su casita montaraz, Luz contempla cada día este resurgir brioso, y los claros ojos se le enturbian de llanto. ¿Dónde está su «Amante», dónde su marinero y su pastor? Ambas cosas fué Juan con gallardía y gracia, hasta que el marxismo le envenenó con su mentira. Lo mismo supo carear su ganado hasta los mejores puertos del monte, que tripular en los del mar su lancha de buen pescador, su lancha fina y fuerte, perfumada de brea y alquitrán.

Ahora se cuenta con aire de misterio que Juan «el Amante», vive huído en las cuevas de los montes. Dicen que han visto a Luz, escondida en las sombras de la noche, salir con sigilo de su casa, camberas arriba, sabe Dios a dónde. Nadie la ha seguido; pero aseguran que lleva auxilios y consuelo al mozo que se esconde como una alimaña, pesada su conciencia de delitos, asustada su imaginación con el posible castigo.

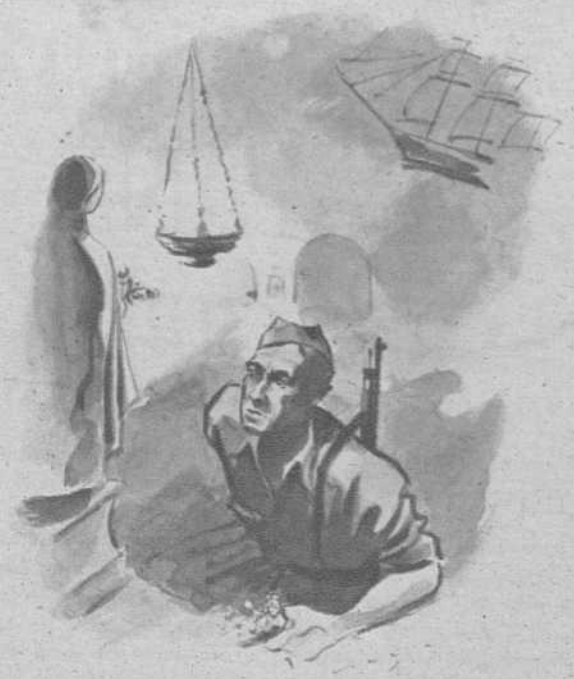
Es cierto el cuento. Juan, miedoso de la Justicia, incrédulo de la nobleza que le ha de juzgar, lleno su rudo pensamiento de las torpes propagandas rojas, no quiere bajar de su escondite y entregarse a la suma conciencia y piedad de unos jueces que abundan en perdones y compasión. Y se oculta como un animal huído, protegido tan sólo por la dulzura y el amor de Luz. Ella no le abandona. Porque sabe que en aquel hombre no ha dejado de latir la vena de la bondad, un ramalillo seguro y firme de sangre noble, perdido entre una red de turbias cosas, pero vivo en aquella alma oscurecida.

Sabe también Luz que Juan guarda aun sobre sí la diminuta corona de la Virgen, y que ha jurado devolvérsela por su mano. Esta promesa incumplida desvela y mortifica al mozo, a tal extremo, que su razón vacila. Cree «el Amante» que va a quedarse ciego porque tocó con torpe mano la imagen de María. Y como vive en oscuras cuevas y de ellas sale cuando apenas el sol alumbra, ve amortiguarse, en efecto, la luz, que ya sólo le da un limpio brillo en los ojos azules de su novia.

Ha adquirido un ademán de dolor cuando se pasa los dedos sobre los párpados, como queriendo apartar de allí algún estorbo. Se le extravían en una niebla constante los contornos del monte y ve siempre con bruma el mar desde la altura. Obsesionado y triste, sueña despierto y tiene siempre frente a sí la imagen inerme y dulce de la Señora, sin el brillo de su corona sobre la frente...

Llega hoy Luz muy tarde — o muy temprano — al monte. Son las cuatro de la mañana y el rocío le empapa la ropa, le pone un brillo de diamantes en las pestañas y en el pelo.

Juan, contra su costumbre de esperarla escondido, sale hoy a su encuentro. Cuando se enfrentan, «el Amante» pasa con su habitual gesto lastimoso la áspera palma de su mano sobre los ojos. Y es que ve a la muchacha turbiamente, en la



apenas luz de la noche que se marcha y el día que va llegando. Es la hora en que «no se distingue un hilo blanco de un hilo negro», hora embrujada y propicia a la sugestión. Ya tiene el hombre a la muchacha junto a sí, palpitante del cansancio de la subida, sorprendidos los ojos y asustados por aquella descubierta que hace el mozo hasta entonces escondido.

—¿A dónde vas?

—Salgo a buscarte para que no sigas más arriba. Ahora mismo bajamos tú y yo al pueblo.

—¿Al pueblo...? ¿Sabes lo que dices?

—Lo que sé es que no puedo vivir más tiempo de este modo. Apenas te distingo, Luz... La Virgen me castiga y por robarla me estoy quedando ciego.

—Todavía es de noche; aun hay estrellas, por eso apenas me ve

—No, no. Es que tampoco veo dentro de mí, ¿comprendes? Nó te lo sé explicar; pero me estoy quedando ciego por dentro y así no puedo vivir un solo día. Ahora mismo, antes de que amanezca, he de ponerle a la Virgen su corona, con estas manos ladronas que se la quitaron. Después, ya igual me dará todo.

La muchacha no pretende disuadir a este hombre a quien obedeció siempre en absoluto. Y ahora, aun tan envuelto en el peligro, las palabras que le escucha le gustan como si hubiese oído en los labios de Juan una oración. El resume:

—Así que... ¡vamos!

—Vamos — repite sencillamente la novia.

Es rápido el descenso, por senderos que ellos sólo conocen, entre espinos y helechos, bajo las finas hayas que conocen el roce del lobo, del oso y del jabalí, tremendos escalones y declives rapidísimos que en poco tiempo les llevan desde el monte hasta la aldea. Por ella pasan los novios sin alzar rumor. Todo duerme en el indeciso amanecer. Atraviesan Luz y Juan el poblado y suben aquella roca marinera donde se yergue el Santuario de la Virgen.

Juan ha cambiado su aire taciturno por un continente casi feliz. Sonríe después de muchos meses que la novia no le veía sonreír. Ella levanta hacia él la gentil cabeza nimbada del rocío, para entregarle una ancha mirada también alegre por vez primera desde hace mucho tiempo. «El Amante» insiste en que está turbia su mirada, porque no ve claro el mar como un esmalte.

—Es que hay brumazón — dice la niña.

Y sorprende como una bruma de lágrimas en los ojos varoniles.

El mar está cantando una canción apacible, como una «alborada» lenta; el contorno de la playa se muestra delineado y fino, limpio y preciso, al borde de las olas suaves, nítidas en la bajamar.

Han llegado los muchachos a la puerta de la iglesia. Está cerrada. Pero la impaciencia de Juan no admite hoy demoras ni obstáculos. Le guía un impulso que él considera infalible. Por eso, sin vacilar, apoya el hombro fornido contra la puerta, da al mismo tiempo un recio puñetazo en la cerradura, y queda franca la entrada, sin mayores descalabros.

Por un milagro de la fe y del amor, la imagen de Nuestra Señora fué salvada de la destrucción. Y adecentado su desolado hogar, ha vuelto a recibir las oraciones de los cristianos.

Cuando Juan entra en el templo busca ávido la imagen de su obsesión y no la encuentra. Y otra vez la ruda mano se posa sobre los ojos con tremenda angustia:

—No veo a la Virgen... ¡no la veo, Luz! ¿La ves tú?

—Yo, sí. Ven, acércate más... ¿la ves ahora?

Y él suspira como quien logra un deseo muy ansiado:

—¡Ah, sí! Ahora sí la veo. — Y añade decidido, rápido—: Espera un poco.

Trepa el mozo fácilmente al altar, saca de su bolsillo la corona y la pone tembloroso sobre las sienes trigueñas de la imagen. Se queda luego mirando a la Señora. Ella le mira también, más dulces que nunca sus ojos misericordiosos, empañados por el agua eterna de la emoción y también por aquel viento amigo, aquel viento oceánico y salobre, como las lágrimas.

«El Amante», extasiado, no acierta a dejar de contemplarla, y como Santa María le sigue mirando, mirando como en espera de alguna cosa, él sólo acierta a decirle, con una ronca y emocionada voz:

—Dios te salve, María...

Y sin dejar de mirarla va a descender, apresurado y torpe, del altar. Y porque la emoción le embriaga, porque sus pupilas se marean, porque Dios quiere, en fin, el mozo da un paso en falso, tropieza y al caer se hiere con tremendo golpe en una sien. «El Amante» rueda a los pies de Luz sin un grito, llevándose las manos a la frente.

Ha sido un golpe mortal. La muchacha le acude, de rodillas en las losas, llamándole.

El aun tiene vida para escucharla y para sonreír. También para abrir los ojos, a los que ya no se lleva doloridamente la mano. Los fija con una clara mirada en las pupilas azules de la novia.

—Ahora, ¡qué bien te veo, Luz! Y he visto también muy claro a la Virgen... ¿sabes...? con su corona. Ella también me vió...

Entre el regazo caliente de la novia y las losas frías de la iglesia, «el Amante» se duerme con dichosa expresión de paz. El viento marinero ha entrado a orearle las sienes, a empañar como antaño la corona de la Virgen.

Ella y su Niño agitan suave en sus manos los tirsos de papel. Es el amistoso ademán con que saludan, la Madre y el Hijo, la arribada del marinero al reino de las almas.

FIN

(Ilustraciones de Mayo)

MENANDRO
C. SENDINO

COSECHERO Y
EXPORTADOR DE
VINOS FINOS
DE MESA
MARCA
SENDINO

ALMAGRO
(CIUDAD REAL)

POR LAS RUTAS de ESPAÑA

CIUDAD REAL

EJEMPLOS A IMITAR

En nuestras andanzas por la región manchega hemos encontrado muchos que dándose cuenta lo que será la España de Franco, elaboran por su grandeza. Descuellan entre otras.

En un pueblecito pequeño, una empresa no cumple las leyes legisladas; *las sobrepasa en un tanto por ciento muy elevado.* Sus empleados y obreros cobran más que marcan aquéllas. Los anticipos reintegrables de sus operarios, al hacerlos efectivos, *ya estan pagados* casi siempre por sus jefes. Atiende, cuida y se preocupa de sus obreros como lo que son, camaradas colaboradores en sus negocios... Mas no sólo de los suyos se preocupa. Cuida el bien de todos. Gracias a ella, el viajero encuentra hogar donde descansar y reponerse del trabajo cotidiano.

Su peculio particular ha costeado y costea importantes obras. En la actualidad, y por su cuenta, proyecta la educación cristiana de toda la comarca, así como la construcción de una iglesia y muchas más de verdadera necesidad para el mañana.

Enumerar una por una las buenas acciones hechas y las por hacer, sería labor interminable.

¡Así se elabora por España!

El pueblecito pequeño antes mencionado es Río Záncara.

LUIS RODRIGUEZ SANCHEZ

FABRICA DE HARINAS
Y PANADERIA MECANICA
DE
CARMELO
BORONDO VILLAS
ALMAGRO (CIUDAD REAL)

MAGNIFICA PUERTA, ESTILO RENACIMIENTO, QUE DA ENTRADA A LA FABRICA

PEDRO
FERNANDEZ CRUZ

ELABORACION
Y EXPORTACION
DE
VINOS

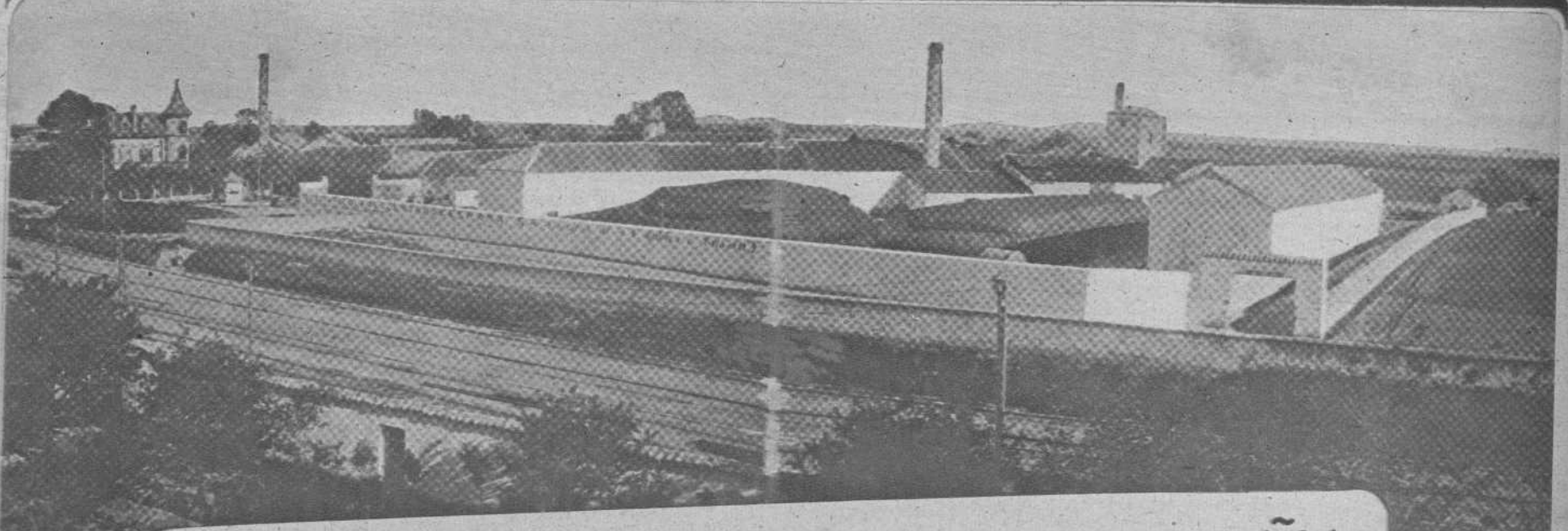
HORMAZAS, 4
ALMAGRO
(CIUDAD REAL)

ENCAJERAS PENINSULARES REUNIDAS, S. A.
FABRICA DE ENCAJE
Y ARTICULOS DE ENCAJE
ALMAGRO

GENEROSO
MARTIN TOLEDANO

VINOS Y
ACEITES
DE OLIVA

TELÉFONO NÚMERO 4
MALAGÓN
(CIUDAD REAL)



OLEIVINICOLA DEL CENTRO DE ESPAÑA
S. A.
SUCESORA DE J. C. BÜHLER & CASSIN
ACEITES DE OLIVA Y DE ORUJO
JABONES - VINOS - ALCOHOLES
TELEGRAMAS / TELEFONEMAS OLIVI
CLAVES EN USO: A. B. C. 5.ª ED. (PRIVADO)
DAIMIEL (CIUDAD REAL)
SUCURSALES EN MORA (TOLEDO) - VILLA DEL RIO (CORDOBA)

Una nueva luz para su bello rostro

PUBLICIDAD GABERNET

POLVOS
GATITA

4 TONOS
BLANCO • RACHEL 1
RACHEL 2 • OCRE
Caja grande: 2 Ptas.
Caja pequeña: 1 Pta.
TIMBRE A METÁLICO

COMPACTO
FONT

6 TONOS
MARAVILLA • INDOSTAN
TOSTADO • MANDARINA
SALMON • ENCARNADO
Caja: 1'75 Pesetas
TIMBRE A METÁLICO

PERFUMERIA FONT
DE PRESTIGIO CENTENARIO
MALLORCA, 123
BARCELONA

Fotogramas

PALACIO de la MUSICA

(REFRIGERADO)

LUNES, ESTRENO

LUZ A ORIENTE

Un film de Mervyn Le Roy, con Pat O'Brien, Josephine Hutchinson

WARNER BROS.

La odisea de un hombre blanco en la China misteriosa y rebelde

LA GUERRA AL DÍA
DE 11 MAÑANA A 8 TARDE

LA BATALLA DEL MAR JÓNICO

Sensacional reportaje LUCE sobre el combate entre las escuadras italiana é inglesa

(También será proyectado a las 6'30 y 10,30 con LUZ A ORIENTE)

Noticiarios Ufa, Fox y Luce

Teléfonos de FOTOS

Dirección: 56165

Administración: 26520

Publicidad: 27785

Una emocionante escena de «Luz a Oriente» →

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID

fotos
SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31
TELÉFONOS: 26520 y 26529
MADRID

Horas de PETAIN en Vichy

La noble figura del mariscal Pétain, que asume hoy la jefatura del Estado francés, atrae sobre sí la atención universal en estos días en que Francia empieza su reorganización. A pesar de las enormes tareas y preocupaciones, el venerable anciano —ochenta y cinco años de servicio y sacrificio por su patria— aprovecha todos los momentos para el trabajo, incluso en su acostumbrado paseo matinal, momento que recoge esta fotografía, en la que aparece cambiando impresiones con el almirante Darlan, ministro de Marina, por una de las avenidas de Vichy, hoy sede del Gobierno de Francia (Pet. Ortiz)